



Los hermanos PRINCE

Carole Mortimer

Tras la pasión

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

TRAS LA PASIÓN, N.º 66 - junio 2012
Título original: Prince's Passion
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2012

I.S.B.N.: 978-84-687-0158-5

Editor responsable: Luis Pugni

ePub: Publidisa

Prólogo

Y BIEN? ¿Qué ha dicho esta vez tu autor sobre mi oferta?

Nik lo preguntó con aparente desinterés, como si el asunto le resultara aburrido; pero su tono no podía ser más engañoso. Al fin y al cabo, ardía en deseos de conseguir los derechos cinematográficos de la novela de J. I. Watson.

Estaba sentado en el despacho de James Stephens, al otro lado de su mesa. De cincuenta y tantos años de edad, Stephens llevaba veinte años como director de la editorial que llevaba su apellido y, por supuesto, estaba de vuelta en todo lo relativo al temperamento imprevisible de los autores que escribían para él. Pero ese día parecía incómodo; era evidente que estaba tan confundido como Nik por la actitud de J. I. Watson.

Como otras veces, Nik se preguntó qué podía tener el autor contra el hecho de que quisiera adquirir los derechos cinematográficos de una novela que había sido un récord de ventas. La mayoría de los autores habrían dado cualquier cosa para que llevaran su obra a la gran pantalla; especialmente, si la película la iba a dirigir y a producir el famoso Nikolas Prince, ganador de cinco estatuillas de los Oscar.

Sin embargo, J. I. Watson llevaba dos meses haciéndose de rogar.

De las cuatro cartas que Nik le había enviado, el autor había dejado las dos primeras sin responder y había contestado a la tercera con una negativa. Y por la cara de resignación de Stephens, sospechaba que su respuesta a la cuarta habría sido exactamente la misma que a la tercera.

Nik se sentía cada vez más frustrado. Un mes antes, se le había

ocurrido la idea de cenar con la editora jefe de Stephens Publishing para ganarse su confianza y tratar directamente con J. I. Watson sin tener que pasar por James Stephens. Varias citas más tarde y tras hacerle prometer que no revelaría su fuente, Jane Morrow le confesó que el verdadero apellido del autor era Nixon; pero añadió que saberlo no le serviría de nada, porque la editorial se relacionaba con él a través de un apartado postal.

–No me digas que ha vuelto a rechazar mi oferta –continuó Nik.

–Sí –le confirmó James, aliviado por no tener que decirlo él mismo.

Nik se levantó del sillón. Era un hombre alto, de casi un metro noventa de estatura; tenía el pelo de color negro y unos ojos grises que intimidaban tanto como sus rasgos, muy duros.

–Pero ¿qué le pasa a ese tipo? ¿Es que quiere más dinero? Porque si es por eso, estoy dispuesto a mejorar la oferta.

James suspiró y clavó en él sus ojos azules.

–Quizás sea mejor que te enseñe la carta que he recibido.

El director de Stephens Publishing abrió un cajón de la mesa y le entregó una hoja de papel con una sola frase, que decía así:

No venderé los derechos ni aunque me lo pida Nik Prince en persona.

Nik se quedó mirando la carta. No podía ser más sucinta.

Pero por irritante que fuera, la respuesta de J. I. Watson no le llamó tanto la atención como lo que estaba impreso en la parte superior de la hoja: el apartado postal que Jane Morrow había mencionado.

Y era de allí, de Londres.

Un detalle que James Stephens debía de haber olvidado, porque de lo contrario no le habría ofrecido la carta.

Nik entrecerró los ojos y le devolvió el papel sin decir nada al respecto. James era un editor honrado; si se daba cuenta de que había traicionado inadvertidamente la confianza de J. I. Watson, hablaría con el autor para advertírselo y cambiar el apartado postal.

–¿Has intentado hablar personalmente con él?

James sacudió la cabeza.

–No. De hecho, no nos hemos visto nunca.

–¿Nunca? –preguntó Nik con incredulidad.

–Nunca. Ni lo he visto ni hemos hablado ni tengo un mal número de teléfono donde lo pueda localizar. Siempre nos relacionamos por

correo.

–No me lo puedo creer –Nik se volvió a sentar en el sillón, asombrado–. Y yo que estaba convencido de que el secretismo de tu autor era una simple estrategia editorial…

–¡Ojalá lo fuera! –dijo James, frustrado–. J. I. Watson nos envió su manuscrito, un manuscrito que no habíamos solicitado, hace dieciocho meses. Se lo dimos a uno de nuestros lectores, que se lo pasó a su jefe cuando se dio cuenta de que la novela podía ser un gran éxito. Para entonces, solo llevaba tres meses dando vueltas por la editorial… tal vez te parezca mucho tiempo, pero es poco.

–Si tú lo dices…

Nik todavía no había salido de su asombro. Le parecía increíble que ninguna persona de la editorial conociera personalmente al autor. Tan increíble como del hecho de que Jane Morrow se lo hubiera callado.

–Obviamente, le hemos pedido varias veces que se reúna con nosotros; pero hasta ahora, siempre se ha negado.

Nik sacudió la cabeza. Si ni siquiera se reunía con su propia editorial, no era extraño que se mostrara tan elusivo con él.

–Es cierto –continuó James–. Todo lo hemos hecho por correo. Desde la firma del contrato hasta las sugerencias de estilo… aunque debo admitir que no hicimos demasiadas sugerencias. Su libro era muy bueno.

–¿Y qué hacéis con las cartas de sus seguidores? ¿También se las enviáis por correo?

–No.

James abrió otro cajón y sacó una carpeta tan llena que parecía a punto de reventar.

–Le enviamos una selección de vez en cuando –siguió hablando–, para que conozca la opinión de sus lectores. Aunque, como es natural, las cartas peyorativas o demasiado críticas se quedan con nosotros.

Nik arqueó una ceja.

–¿Peyorativas?

James se encogió de hombros.

–Sí, hay gente que escribe para insultar. Incluso ha recibido amenazas de muerte. El éxito suele atraer a cierto tipo de personas.

Nik no lo dudó en absoluto. Él mismo había recibido un montón de cartas desagradables a lo largo de los años.

–Pero es posible que en el contrato…

–No, en el contrato no hay ninguna cláusula sobre derechos cinematográficos y televisivos –afirmó James–. Se quitó a petición del autor, por supuesto.

–Por supuesto –repitió Nik.

–Compréndelo. Aceptamos las condiciones de J. I. Watson porque queríamos su libro a toda costa.

Nik sabía que un editor podía estar toda una vida sin encontrar un libro tan bueno como *No Ordinary Boy*, así que le pareció normal que Ste phens Publishing hubiera aceptado las condiciones del autor, aunque fueran absurdas. Si no las hubieran aceptado, el autor habría acudido a otra editorial.

Pero eso no era de ninguna utilidad para él. Quería llevar la novela al cine y no podía hacerlo sin el permiso del novelista.

–Si crees que tú te sientes frustrado, intenta imaginar cómo nos sentimos nosotros –insistió James–. Hemos perdido un dineral por su negativa a ofrecer entrevistas, asistir a presentaciones y firmar libros. No lo he calculado, pero yo diría que nos ha costado varios millones de libras esterlinas.

Nik lo miró a los ojos y habló lentamente.

–Pero os ha hecho ganar otros muchos. Y supongo que tampoco os vendría mal la venta de los derechos para hacer una película.

–No, claro que no –admitió, sonriendo–. Es una pena que no los puedas comprar.

Nik se volvió a levantar del sillón.

–¿Quién ha dicho que no puedo? Hablaré con él.

–¿Por qué estás tan seguro de que podrás localizarlo y hablar con él? –preguntó con curiosidad–. Te recuerdo que nosotros lo hemos intentado durante más de un año y no hemos conseguido nada.

Nik sonrió con suficiencia. Había conseguido el apartado postal de J. I. Watson y lo iba a encontrar. Además, tenía la ventaja de que conocía su apellido real, Nixon.

–Estoy seguro porque no juego con las mismas reglas que tú, James –contestó–. Tu autor ha afirmado que no venderá esos derechos ni aunque se lo pida Nik Prince en persona, ¿verdad? Pues me va a ver en persona dentro de poco… Y debes saber que jamás he aceptado un «no» por respuesta.

Era verdad. Nunca lo había aceptado.

J. I. Watson estaba a punto de descubrirlo.

Capítulo 1

JINX sonrió cuando su amiga le abrió la puerta. Desde el fondo de la casa, llegaban las voces y los sonidos de la fiesta que Susan había organizado para celebrar su quinto aniversario de boda.

–Hola, Jinx…

–Hola, Susan. Muchas gracias por invitarme.

Se habían conocido de niñas, en el colegio. Susan estaba casada con un directivo de una gran empresa y tenía dos hijos que en ese momento debían de estar durmiendo en el piso de arriba. Y si no estaban durmiendo, estarían a cargo de una niñera que se aseguraría de que no bajaran a interrumpir la celebración.

–No me des las gracias; tú y yo sabemos que preferirías estar en tu casa con un buen libro. Pero si prácticamente tuve que retorcerte el brazo para que aceptaras la invitación… –le recordó–. Te estoy muy agradecida por ello, Jinx. Esto no habría sido lo mismo sin la presencia de mi madrina de boda.

Susan le dio un beso en la mejilla y la miró con el ceño fruncido. Jinx, baja y esbelta, había elegido un vestido negro que quedaba perfecto con su cabello, rojo intenso.

–¿Cómo es posible que cada año parezcas más joven y que yo, en cambio, parezca más vieja? –continuó.

Jinx sonrió y le dio el ramo de rosas de color rojizo claro que le había comprado. El mismo color de las flores que Susan había llevado en la boda.

–Eres una aduladora…

–¡Es verdad! ¡Estás preciosa! –se defendió Susan–. Pero dime, ¿cómo le va a Jack?

Aunque Jinx no dejó de sonreír, sus ojos se ensombrecieron levemente cuando se encogió de hombros y respondió:

–Como siempre. ¿Y tu atractivo marido?

–Aquí estoy…

Leo pasó junto a Susan, se inclinó sobre Jinx y le dio un beso en los labios.

–Aún podemos fugarnos, ¿sabes? –bromeó Leo.

Susan le dio un ligero codazo, aunque la actitud de su esposo no le había molestado en absoluto. No era más que una broma entre amigos.

–Parece que la fiesta es todo un éxito –comentó Jinx, haciendo un gesto hacia el interior de la casa.

Susan la tomó del brazo y la llevó hacia el pasillo.

–Y tenemos un invitado sorpresa –le explicó, entusiasmada–. ¿Te acuerdas de que el año pasado contratamos a Stazy Hunter para que nos decorara el salón?

Jinx asintió y la miró con intensidad. Intentaba mostrarse interesada, pero Susan sabía que ese tipo de cosas no le interesaban mucho.

–Claro que me acuerdo.

–Pues bien, mantuvimos el contacto y, cuando organizamos la fiesta, decidimos invitarla a ella y a su marido, Jordan –explicó–. Hace una hora, Stazy me ha llamado por teléfono y me ha preguntado si podían venir con su hermano, que al parecer se ha presentado de repente. Por supuesto, he dicho que sí. Y jamás adivinarías quién ha resultado ser…

Leo la interrumpió en mitad de la frase:

–No te preocupes, Jinx, ya sabes que hasta mi esposa tiene que dejar de hablar para respirar de vez en cuando.

–Vamos, Leo… –protestó Susan.

–Susan, sabes de sobra que a Jinx no le interesan los cotilleos. Si el hermano de Stazy fuera profesor de universidad, arqueólogo o algo por el estilo, quizás le interesaría; pero no es más que un…

–Mi marido está celoso, Jinx –esa vez fue ella quien lo interrumpió a él–. Y a decir verdad, no me extraña; porque el hermano de Stazy está buenísimo… casi un metro noventa de magnetismo sexual.

–Como yo –dijo Leo.

–Bueno, no voy a negar que eres atractivo –contraatacó Susan.

–Pero no tan atractivo ni tan magnéticamente sexual como nuestro invitado –ironizó Leo.

–Es que no es lo mismo. Él es un invitado y tú eres mi esposo.

–En tal caso, tendré que dejar de ser tu esposo. ¿Estás segura de que no te quieres fugar conmigo, Jinx?

Jinx soltó una carcajada.

–¿Fugarte conmigo? ¡Pero si estás colado por Susan!

Leo sacudió la cabeza.

–Sí, pero eso cambiará si Susan sigue tan entusiasmada con los directores de cine famosos.

Jinx lo miró con alarma.

–¿El hermano de Stazy Hunter es director de cine?

–Sí, él…

El timbre de la casa sonó justo entonces.

–Oh, vaya, tendré que ir a abrir –continuó Susan–. Te veré más tarde.

Leo quiso seguir a Jinx, pero Susan le agarró del brazo y le obligó a acompañarla a la puerta. Cuando se quedó a solas, Jinx entró en el salón. Y se encontró cara a cara ante el metro noventa de magnetismo sexual.

O no exactamente cara a cara, porque ella solo medía un metro cincuenta y cinco, contando los cinco de los tacones de sus zapatos.

Jinx lo reconoció al instante.

Era Nik Prince. El antiguo actor que, con poco menos de cuarenta años, se había convertido en un director aclamado por la crítica y por el público; el mayor de los tres hermanos Prince, fundadores de la productora cinematográfica PrinceMovies, una de las más importantes de todo el país.

Los ojos de Jinx, de un tono azul, cercano al violeta, se encontraron con los grises de Nik Prince, que bajó la cabeza para mirarla. Y durante un breve instante, apenas un par de segundos, fue como si estuvieran solos en el mundo; como si el ruido, las voces, las risas y la música que se oía de fondo hubieran desaparecido de repente.

La mirada de Nik descendió hasta sus senos sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Pero a ella no le pareció una mirada, sino una caricia.

Se sintió como si la hubiera tocado físicamente.

Solo pudo reaccionar cuando se recordó que Nik Prince era todo un

seductor, un hombre acostumbrado a conquistar el interés de las mujeres, un hombre cuyas aventuras amorosas eran casi legendarias.

–¿Y bien? –lo desafió.

Él arqueó una ceja.

–¿Y bien qué? –respondió con su voz ronca.

–¿Le gusta lo que ve?

Nik sonrió.

–Por supuesto. A cualquier hombre le gustaría.

–No lo dudo. Pero yo no se lo he preguntado a cualquier hombre, sino a usted –insistió ella, sin dejarse intimidar.

Nik Prince dio un paso adelante y se quedó peligrosamente cerca de Jinx. Tan cerca que ella notó el aroma de su loción para después del afeitado.

–Sí, me gusta lo que veo; pero eso ya lo sabe –afirmó en voz baja–. ¿Qué le parece si buscamos alguna excusa y nos vamos de aquí?

Jinx parpadeó, asombrada. La propuesta le habría sorprendido en boca de cualquiera, y resultaba aún más sorprendente en boca de Nik Prince.

A Jinx siempre le habían disgustado las fiestas. Y siempre encontraba la forma de ahorrárselas. Aquella noche había hecho una excepción porque quería mucho a Susan y a Leo y sabía que era importante para ellos; pero si aquel tipo creía que estaba dispuesta a marcharse con él, se iba a llevar un chasco.

–¿No cree que Susan y Leo se lo tomarían a mal?

–¿De quién está hablando? ¿De nuestros anfitriones?

–Exacto.

–Ni yo los conozco a ellos ni ellos me conocen a mí. ¿Por qué les iba a importar?

Jinx se encogió de hombros mientras intentaba convencerse de que Nik Prince no era su tipo de hombre. Pero el argumento tenía el pequeño fallo de que ya no recordaba cuál era su tipo de hombre.

Llevaba tanto tiempo sin salir con nadie que lo había olvidado.

–¿Porque han tenido la amabilidad de invitarlo a su fiesta de aniversario a última hora y sin conocerlo de nada?

Nik asintió y volvió a sonreír.

–Sí, en eso tiene razón.

–Me alegra que estemos de acuerdo –dijo ella, con más intensidad de la que pretendía–. Y ahora, señor Prince, si me disculpa…

Jinx intentó alejarse, pero Nik la agarró del brazo.

–Todavía no, señorita. Estamos en desventaja. Es evidente que usted conoce mi nombre, pero yo no conozco el suyo.

Jinx se estremeció por dentro. El contacto de la mano de Nik le agradaba tanto que se quedó sorprendida por su propia reacción física.

–Veamos… –continuó él, ladeando la cabeza–. No me parece que se llame Joan. Ni, pensándolo bien, Cynthia. Ni desde luego…

Jinx lo interrumpió.

–Dígame, ¿esa cháchara absurda le funciona normalmente con las mujeres?

Nik Prince la miró con humor.

–Puede que no lo crea, pero normalmente no necesito ninguna cháchara absurda.

Jinx estaba segura de que había sido sincero. Un hombre como él no tenía que rebajarse a coquetear. Siempre habría mujeres que harían cola para arrojarse a sus brazos.

–Mejor para usted –replicó–, pero su técnica deja mucho que desear.

Nik se rio.

–Tendrá que disculparme. Hacía tiempo que no coqueteaba con nadie.

Jinx no estaba interesada en el tiempo que llevara sin coquetear.

–¿Le importaría soltarme el brazo?

–Por supuesto que me importaría.

Él le acarició el brazo con el pulgar.

–Mire, ha sido una conversación muy interesante, pero debo irme. Quiero saludar a los padres de Susan.

Nik Prince movió la mano, pero solo para subirla hasta el codo de Jinx.

–¿Por qué no me los presenta? Así tendría ocasión de conocerlos… y de paso, de saber cómo se llama.

Ella lo miró a los ojos.

–Me llamo Juliet.

Nik parpadeó con alguna sorpresa, como si no fuera el nombre que esperaba. Pero era tan buen actor que lo ocultó enseguida.

–Juliet… me parece un nombre muy apropiado.

–No se haga ilusiones. Puede que yo sea Julieta, pero usted no es Romeo.

–Ni lo pretendo. Por cierto… Me llamo Nik.

–Ya lo sabía.

Nik sonrió con satisfacción.

–¿Y qué hace usted, Juliet?

–¿Qué hago?

–Me refiero a su trabajo. ¿O es que me he topado con una de esas personas tan afortunadas que no tienen que trabajar?

Su tono sarcástico le molestó profundamente.

–Soy profesora de Historia. En la Universidad de Cambridge –contestó con tono altivo–. Pero estoy de año sabático.

–Profesora de universidad… ¿Debo llamarla «doctora»? –ironizó.

–Sí. Y ahora tendrá que disculparme. He llegado sola a la fiesta, pero eso no significa que esté sola.

–No, claro que no. Está conmigo.

Jinx frunció el ceño, exasperada.

–Sabe perfectamente que no me refería a eso.

–¿Lo sé?

–Sí.

Nik echó un vistazo a su alrededor y dijo:

–Yo diría que hay alrededor de veinte hombres en la fiesta. ¿Cuál de ellos va a venir a reclamarla?

Jinx se ruborizó porque ninguno de ellos la iba a reclamar. A sus veintiocho años, llevaba una existencia absolutamente solitaria. No salía con nadie ni tenía visos de salir. Y no estaba especialmente contenta de ello.

Sin embargo, disimuló su incomodidad, echó los hombros hacia atrás y aprovechó la ocasión para apartar su mano.

–Eso no es asunto suyo, señor Prince.

Rápidamente, dio media vuelta y se alejó.

Pero a medida que se alejaba, era consciente de que Nik Prince mantenía la vista en el movimiento sinuoso de sus caderas.

Nik entrecerró los ojos mientras admiraba a la pelirroja, que se alejaba.

Pensó que se estaba haciendo viejo o que había perdido práctica en el arte de coquetear, porque era evidente que Juliet Nixon, Jinx para los amigos, no se había sentido ni lejanamente impresionada por él.

Había tenido que esperar varios días hasta tener noticias del

detective que contrató para vigilar el apartado postal de J. I. Watson. Por fin, su hombre le llamó por teléfono y le dijo que una niña recogía el correo todos los días, a las doce y media de la mañana. A partir de ese momento, Nik decidió encargarse personalmente de la vigilancia y descubrió que no era una niña, sino una joven baja que se ponía gorras y camisetas muy anchas.

En cuanto la vio por primera vez, sospechó que se vestía de ese modo para disimular su edad. Y confirmó la sospecha unos minutos más tarde, cuando la joven llegó a su coche, se puso una chaqueta, se quitó la gorra y se soltó el pelo, de color rojo intenso.

Nik se quedó asombrado con su transformación. De parecer una adolescente como otra cualquiera, había pasado a ser una mujer bella y elegante. Con un simple cambio de ropa y un poco de carmín, que se aplicó mirándose en un espejo.

Después, ella alcanzó el bolso que había dejado en el asiento de atrás, salió del vehículo y entró en un restaurante italiano, donde comió con una rubia preciosa. Como supo más tarde, al interrogar a una de las camareras del local, la rubia se llamaba Susan Fellows.

El resto fue más fácil de lo que había imaginado.

Stazy, su hermana, lo sabía todo sobre la vida social de Londres. Nik decidió preguntar al respecto, por si su nombre le sonaba de algo, y se llevó la sorpresa de que conocía personalmente a Susan Fellows porque la había contratado para que le decorara el salón de su casa.

Con esa información, Nik tardó poco en descubrir que la joven que había comido con Fellows se llamaba Jinx Nixon y que su padre era Jackson Ivor Nixon, profesor de Historia en la universidad y especialista en el movimiento jacobita, sobre el que había escrito varios libros. Solo había que sumar dos y dos para llegar a la conclusión de que Jackson Ivor Nixon debía de ser J. I. Watson, el autor de *No Ordinary Boy*.

Parecía lo más lógico.

Como era un historiador conocido, habría preferido utilizar un seudónimo para que nadie lo asociara con el autor de *No Ordinary Boy*, una novela sobre un niño de doce años que estaba condenado a vivir en una silla de ruedas y que, de repente, se convertía en un superhéroe. A sus colegas de profesión no les habría parecido muy serio.

En todo caso, Nik no se arrepentía de haber seguido a Jinx. Quizás no fuera lo más digno que había hecho en su vida, pero había sido

necesario. Tan necesario como coquetear con ella en la fiesta de su amiga. Y no había sido un esfuerzo, porque Juliet Nixon, alias Jinx, era extraordinariamente bella.

Una vez más, lamentó no haberla impresionado.

Pero la noche era joven.

Nik tenía fama de no mostrarse precisamente paciente con los actores y actrices a los que dirigía, pero podía ser el hombre más paciente del mundo cuando se le metía algo entre ceja y ceja. Y estaba decidido a conseguir los derechos cinematográficos del libro de J. I. Watson. El libro del padre de Jinx.

–¿Se puede saber qué estás tramando, hermanito?

Nik bajó la mirada y se encontró ante Stazy, que le tomó del brazo y siguió hablando con el mismo tono acusador.

–Ah, Stazy…

–Y no me digas que no tramas nada, porque te conozco muy bien. Te has lanzado sobre esa pelirroja en cuanto entró por la puerta.

Nik nunca había sido capaz de engañar a Stazy. Su hermana tenía veintidós años, diecisiete menos que él, y era la niña de sus ojos desde que nació. Además, Stazy se había vuelto mucho más segura desde que se había casado con Jordan Hunter, con quien acababa de tener un niño, Sam.

–Ahora que lo pienso –continuó Stazy, que también era pelirroja, pero veinte centímetros más alta que Jinx–, te has lanzado sobre esa chica como si la estuvieras esperando… ¿Qué está pasando aquí?

Nik le dio una palmadita en la mano.

–Nada. No te preocupes por eso.

–Pero me preocupa.

Él suspiró. Cuando Stazy clavaba los dientes en un hueso, no lo soltaba. Y ahora era más obstinada y más peligrosa que nunca, porque el matrimonio le había sentado tan bien que estaba obsesionada con ejercer de celestina y extender ese tipo de felicidad a sus tres hermanos mayores.

–Pues no debería, Stazy.

Ella arqueó las cejas.

–¿Ah, no?

Él sacudió la cabeza.

–No.

Nik no quería que Stazy se fijara en Jinx Nixon. Había fracasado en

el intento de ganarse su confianza y solo le faltaba que su hermana se metiera de por medio y complicara aún más las cosas.

–Está bien, si tú lo dices… En ese caso, ¿por qué no me acompañas? Te presentaré al resto de los invitados.

Nik no se dejó engañar. Conocía a su hermana y sabía que no la había convencido, pero aceptó su ofrecimiento porque no tenía más remedio.

Durante la hora siguiente, se dedicó a observar discretamente a Jinx Nixon. Y para su satisfacción, descubrió que le había mentido. Ningún hombre la estaba esperando. De hecho, no habló más de cinco o diez minutos con ninguno.

Por fin, cansado de mirarla, decidió que había llegado el momento de pasar a la acción.

–¿Puedo llevarla a casa?

Jinx se dio la vuelta y frunció el ceño al ver a Nik.

–¿Cómo dice?

Nik se situó ante ella, bloqueando su campo de visión. Era tan alto y tan grande que Jinx se sintió como si hubieran cerrado una puerta y se hubiera quedado a solas con él.

–He preguntado si puedo llevarla a casa –repitió con suavidad.

Jinx sacudió la cabeza.

–No, gracias. He venido en mi coche.

–En un coche que no puede conducir.

–¿Por qué no?

Nik contempló sus ojos azules y se dio cuenta de que, con aquella luz, parecían violetas.

–Porque ha tomado dos copas de vino, lo cual significa que ha sobrepasado el límite legal para poder conducir.

–¿Es que las ha contado? ¿Me estaba vigilando? –preguntó, ofendida.

Él se encogió de hombros.

–No la estaba vigilando; es que mi cerebro funciona de esa forma… siempre me fijo en los detalles. ¿Ve al hombre que está junto a la chimenea?

–Sí… ¿qué le pasa?

–Se ha bebido una botella entera de champán y va a empezar con la segunda. ¿Y ve a la morena que lo acompaña? Es obvio que le ha tocado conducir, porque solo ha bebido zumos de naranja y no parece

precisamente contenta con eso. En cuanto al tipo de la ventana…

–De acuerdo, de acuerdo, le creo. Pero de todas formas…

–¿De todas formas?

–No estoy segura de que me agrade la idea de que me observen.

–Ni yo estoy seguro de que lo pueda evitar. Con la cara y con el cuerpo que tiene, es normal que la miren.

Jinx se quedó perpleja. No supo si sentirse insultada o halagada por el comentario, así que hizo caso omiso.

–Aun así, no necesito que me lleve a casa.

Nik se dijo que las negativas de aquella mujer era un atentado contra su ego. Sin embargo, se animó un poco al recordar que Jinx no se había mostrado interesada por ningún hombre de los que estaban en la fiesta.

Por ninguno salvo por Leo Fellows, el marido de Susan. Y automáticamente, consideró la posibilidad de que se estuviera acostando con el marido de su mejor amiga. A fin de cuentas, era una situación más habitual de lo que la gente creía.

Mientras la miraba, lamentó que Jinx Nixon hubiera resultado ser tan sexy en las distancias cortas. Se había presentado en la fiesta con intención de coquetear un poco con ella y ganarse su confianza para conseguir que le presentara a su padre, a quien creía autor de *No Ordinary Boy*.

Pero aquel detalle no formaba parte de su plan original.

Ahora estaba condenado a tratar con una mujer tan hermosa y tan enigmática que no podía estar a su lado sin excitarse.

Capítulo 2

POR QUÉ no?

Jinx sonrió ante el evidente disgusto de Nik Prince. Por lo visto, no esperaba que rechazara su ofrecimiento de llevarla a casa.

–Porque los padres de Susan viven a un kilómetro de mi casa y ya se han ofrecido a llevarme más tarde.

A decir verdad, Jinx había estado acariciando la idea de no esperarlos y marcharse sola; pero esa no era la cuestión. Nik Prince le resultaba demasiado perturbador; tanto que no le había lanzado ni una sola mirada durante la última hora, aunque había sido consciente de todos y cada uno de sus movimientos.

De hecho, no había sido tan consciente de un hombre en su vida. Y tenía dos buenos motivos para serlo: el primero, que era el hombre que había estado presionando a la editorial Stephens para reunirse con el autor de *No Ordinary Boy* y comprar los derechos cinematográficos del libro; el segundo, que se sentía física e increíblemente atraída por él.

Obviamente, su personalidad intensa, su altura y la belleza de su cuerpo habrían bastado para despertar el interés de la mayoría de las mujeres; pero ese no era el motivo que la hacía estremecerse cuando estaba cerca.

Era por otra razón, una razón que no podía explicar. Era por algo que no había sentido hasta entonces y que no quería volver a sentir.

–¿Dónde vive cuando no da clases en la Universidad de Cambridge?

–En Londres.

Nik suspiró. Obtener información de Jinx era todo un desafío.

–¿En qué parte de Londres?

–En el sudoeste.

Jinx apartó la mirada. Le parecía demasiada casualidad que el director que había estado presionando a James Stephens coincidiera con ella en la fiesta de su amiga. Ni Susan ni Leo lo habían visto antes. Y por supuesto, no creía que un hombre como él no tuviera nada mejor que hacer aquella noche que acompañar a su hermana a la celebración del aniversario de boda de unos desconocidos.

Además, Jinx había dejado de creer en las coincidencias.

Evidentemente, Nik Prince había encontrado la forma de localizarla y se había presentado allí para conseguir los derechos cinematográficos.

Al pensarlo, se preguntó si la atracción que había surgido entre ellos le habría sorprendido tanto como a ella misma.

–En el sudoeste –repitió él con humor.

–Eso he dicho.

Nik sonrió.

–En otras palabras… no quiere decirme dónde vive.

–Exactamente.

–En ese caso, será mejor que aproveche el tiempo que estemos juntos.

Jinx lo miró con aprensión.

–¿Qué quiere decir?

Nik se encogió de hombros.

–Que suena música en la otra habitación.

–¿Y qué?

–¿Le apetece bailar?

Jinx no contestó. No sabía si se quería arriesgar a sentir el contacto de sus manos, el calor de su cuerpo y la caricia de su aliento mientras bailaban.

–¿Es que tiene miedo?

Ella alzó la barbilla, orgullosa.

Sabía que Nik Prince la estaba desafiando para salirse con la suya; pero por otra parte, no quería amilanarse ante un hombre acostumbrado a imponer su criterio.

–De ninguna manera, señor Prince. Es que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que bailé. Puede que ya no me acuerde.

–Bailar es como hacer el amor –declaró él con voz sugerente–. Cuando se prueba, no se olvida.

Jinx comprendió que, por mucho que ella se empeñara en lo contrario, él estaba decidido a dar un tono íntimo a su conversación. Pero eso tampoco la asustó. Le dio la espalda y se dirigió a la sala contigua, donde los músicos estaban interpretando una canción romántica.

Pocos minutos después, supo que había acertado al suponer que el contacto de Nik Prince sería una tortura. Nik hacía caso omiso de las normas de etiqueta relativas a bailar con desconocidos; en lugar de ponerle una mano en la espalda y mantener las distancias, sus cuerpos se estaban tocando desde el pecho hasta los muslos.

Jinx se sentía como si ellos fueran los únicos bailarines del lugar. Era completamente consciente de su contacto. Y su último esfuerzo por alejarse un poco había terminado en rendición incondicional cuando la instó a apoyar la cabeza en su hombro.

–¿Sabe que huele a flores? –susurró él contra su cabello.

–Es por el jabón.

Nik se rio.

–¿Siempre es tan romántica?

–¿Y usted?

–No, creo que nunca he sido demasiado romántico –confesó–. Pero eso puede cambiar.

Jinx estuvo a punto de gemir y pensó que había cometido un grave error. El roce del pecho y de las piernas de Nik la estaba volviendo loca; especialmente, porque se había excitado y le gustaba que estuviera excitado.

Súbitamente, Nik le mordió el lóbulo de la oreja y declaró, tuteándola por primera vez:

–Te deseo.

Jinx se estremeció de placer. Pero al mismo tiempo, se preguntó cómo podía poner fin a aquella situación. Porque tenía que ponerle fin. Y tenía que hacerlo de inmediato, antes de que se volviera demasiado peligroso.

–Al otro lado de la sala, hay una mujer que nos está mirando todo el tiempo.

Nik respondió sin alzar la cabeza y sin dejar de mordisquearle el lóbulo.

–Es mi hermana. Stazy.

Jinx insistió en su estrategia de distracción mientras hacía esfuerzos sobrehumanos por no frotarse contra él. Pero su voz sonó más seductora de la cuenta y, para empeorar las cosas, también le tuteó:

–¿Cómo puedes estar tan seguro?

Nik se rio con suavidad.

–Stazy se ha convertido en una especie de celestina desde que se casó hace un año. Es tan feliz con su esposo que quiere extender su felicidad conyugal a su hermano mayor, que soy yo, su hermano favorito.

Jinx alzó la cabeza y lo miró con incredulidad. Y deseó no haberlo mirado, porque le pareció el hombre más atractivo del mundo y porque sus ojos grises, que ahora parecían plateados, brillaban de deseo.

Sin embargo, respiró hondo y mantuvo el aplomo.

–Entonces, será mejor que dejemos de bailar. No queremos que tu hermana se haga ilusiones –ironizó.

–Bueno, hay otra posibilidad…

–¿Otra?

–Podríamos seguir en un lugar más íntimo.

–Como mi casa, supongo.

–Buena idea.

–Me parece que no me has entendido bien, Prince. He propuesto que dejemos de bailar porque quiero poner fin a esta farsa.

Él entrecerró los ojos.

–¿Farsa?

–Mira, sé quién eres y sé que sabes quién soy. Sinceramente, no sé cómo te las has arreglado para encontrarme, pero creo que ya es hora de que pongamos fin al juego.

Nik entrecerró los ojos un poco más y le lanzó una mirada llena de emociones contradictorias que Jinx no pudo interpretar.

–Como ves, ya no es necesario que representes el papel de seductor –añadió.

–¿Representar? –preguntó él, aparentemente ofendido–. ¿Crees que estoy fingiendo? ¿Que lo que siento por ti no es real?

–Creo que eres perfectamente capaz de representar el papel que quieras –declaró tranquilamente–. Y ahora tendrás que disculparme, porque veo que Dick y Janet se están despidiendo del resto de los invitados y tengo que irme con ellos… Pero antes, quiero decirte una

cosa.

–Te escucho.

–La respuesta es la misma que recibiste por correo. No. Da igual que te presentes en persona.

No vas a tener los derechos cinematográficos del libro.

–¿No te parece que eso lo tendría que decir tu padre?

Jinx lo miró en silencio durante unos segundos y sacudió la cabeza.

–No. Ahora, no.

–¿Qué quieres decir?

–Mi padre no se encuentra bien, Prince.

–Pero si solo quiero su firma en un contrato…

–En un contrato que te concedería los derechos exclusivos para el cine de *No Ordinary Boy*, ¿verdad?

Nik no se molestó en negarlo.

–Sí, esa es la idea.

–Pues no los vas a tener, Prince.

–¿Quieres dejar de dirigirte a mí por mi apellido? ¡Mi nombre es Nik! En estas circunstancias –ironizó–, tu insistencia en usar mi apellido resulta ridícula.

Jinx no necesitó preguntar a qué circunstancias se refería en ese momento. Obviamente, estaba hablando de la atracción que sentían.

–Prince, Nik… para mí no tiene importancia –dijo, encogiéndose de hombros–. Mi respuesta sigue siendo la misma.

Nik suspiró.

–Y yo me mantengo en lo que le dije a James Stephens a principios de semana. Nunca acepto un «no» por respuesta.

Ella soltó un grito ahogado, incapaz de ocultar su sorpresa ante la mención del editor.

–¿James Stephens es quien te ha dado la identidad real de J. I. Watson?

–James es demasiado profesional para hacer algo así.

Jinx se relajó un poco; si James hubiera sido el culpable, nunca habría recibido la segunda novela de J. I. Watson, que ya estaba terminada.

Pero eso no explicaba el misterio. Alguien tenía que haber dado información confidencial a Nik Prince.

–Dime, Nik… ¿por qué te niegas a aceptar un «no»?

Justo entonces, se oyó la voz de otra mujer.

–Hasta donde tengo entendido, ese monosílabo no forma parte del vocabulario de mi hermano mayor.

Jinx se giró hacia Stazy Hunter, que se detuvo al lado de su hermano. Era una mujer extremadamente bella y muy alta, con un cabello rojo casi del mismo tono que el suyo. Pero parecía bastante más agradable que Nik.

–Por supuesto que no forma parte –dijo él–. Soy una persona positiva, no negativa.

Jinx pensó que, por muy positivo que fuera, su respuesta no iba a cambiar.

–Si me disculpáis…

Dedicó una sonrisa a Stazy Hunter, lanzó una mirada de advertencia a Nik Prince y se alejó de ellos tranquilamente.

Pero no estaba tranquila en absoluto.

Nik le había causado una fuerte impresión. En más de un sentido.

Nik frunció el ceño, frustrado, mientras Jinx se alejaba entre los invitados de la fiesta. Tenía dos alternativas, dejarla ir y perder su único contacto con J. I. Watson o marcharse con ella e intentar mantenerlo.

–¿Podrías hacerme un favor, Stazy?

Ella lo miró con sorpresa.

–Claro. ¿De qué se trata?

–Habla con tu encantador marido y dile que estás cansada y que te quieres ir.

Stazy no pareció precisamente encantada con la idea.

–Es muy pronto, Nik. ¿Qué excusa quieres que les ponga a Susan y a Leo?

–La que se te ocurra –respondió él, presa del pánico, porque Jinx estaba a punto de salir de la casa–. Di que en tu casa se ha declarado un incendio. O que necesitas seducir a tu marido. Qué sé yo.

–Jordan no necesita que lo seduzca para…

–No, no sigas por ahí –dijo Nik, que no quería pensar en sus intimidades con Jordan Hunter–. No hace falta que me des detalles íntimos.

Stazy lo miró con humor.

–Dales la excusa que quieras. Pero, por favor, ¡que sea pronto!

Stazy alzó las manos en un gesto de rendición.

–De acuerdo, de acuerdo… haré lo que me pides. Y supongo que

no volverás con nosotros, ¿verdad?

–Supones bien –afirmó sin dejar de mirarla–. Pero hagas lo que hagas, hazlo deprisa. Jinx ya se aleja hacia la puerta…

–Ya voy…

Stazy se marchó de inmediato. Y tardó tan poco en volver con Jordan que Nik pensó que realmente le había dicho que necesitaba hacer el amor con él.

Como tantas veces, se estremeció al imaginar a su hermanita en brazos de un hombre tan poderoso y experimentado como Jordan. Pero estaba enamorada de él y, por supuesto, era asunto suyo.

Nik corrió hacia la puerta, alcanzó a Jinx y dedicó una sonrisa a sus dos acompañantes.

–Siento haber tardado tanto –le dijo a Jinx–. Espero que tu oferta de llevarme a casa siga en pie… mi hermana y su marido me iban a dejar en el hotel, pero les ha surgido una urgencia en casa y no me pueden llevar.

Jinx se quedó tan atónita que no pudo decir nada. Los padres de Susan se miraron entre ellos con sorpresa y, a continuación, se mostraron encantados de llevarlo. Según dijeron, tenían sitio de sobra en el coche.

Nik arqueó una ceja y miró a Jinx. Aunque sabía que estaba enfadada, lo disimulaba tan bien que nadie se habría dado cuenta.

–Ahora que lo pienso, tampoco estamos tan lejos –declaró Jinx de repente–. Nik y yo podemos ir andando.

–¿Estás segura? –preguntó Janet, que frunció el ceño–. Hay más de cinco kilómetros hasta tu casa…

Jinx tomó del brazo a Nik y le dijo, con una sonrisa envenenada:

–Pero hace una noche preciosa para pasear.

¿No te parece?

–Por supuesto…

A Nik no le apetecía dar un paseo de cinco kilómetros por las calles de Londres, que estarían llenas de gente porque era noche de sábado; pero se recordó que al final terminarían en casa de Jinx, en la casa que compartía con su padre.

Minutos después, cuando ya estaban solos y se alejaban por las calles de la ciudad, Nik rompió el silencio. Jinx todavía lo llevaba del brazo. Él se había intentado soltar, pero ella no se lo había permitido.

–¿Tenemos que cruzar muchos puentes para llegar a tu casa?

–Varios.

–Me lo imaginaba –declaró con horror–. No tendrás intención de tirarme por ninguno, ¿verdad?

–Descuida, no soy violenta.

–¿Seguro que no?

–Seguro.

Nik decidió cambiar de conversación.

–Esta noche he notado que la mayoría de la gente te llamaba Juliet, no Jinx.

–¿Y qué tiene de particular? Solo me llaman Jinx los amigos.

–¿Y de dónde sacaste un sobrenombre tan raro?

–Ah, vaya, has cambiado de conversación porque la de los puentes te asustaba… –dijo ella con ironía.

Nik sonrió sin poder evitarlo.

–Me temo que sí.

Ella se encogió de hombros.

–De todas formas, Jinx no es un sobrenombre, sino una contracción de J. Nixon que se inventaron mis compañeros cuando estaba en el colegio. Y por cierto, no te voy a llevar a mi casa.

Nik ya se lo había imaginado. Tras enviar cartas y más cartas durante dos meses, cartas que siempre obtenían una negativa o la callada por respuesta, no podía esperar que Jinx lo llevara tranquilamente a su casa y le presentara a su padre.

–Antes has mencionado que tu padre no se encuentra bien…

Jinx se puso tensa.

–Sí, lo he mencionado.

–Espero que no sea grave.

–Depende de lo que se entienda por grave.

Nik se encogió de hombros.

–Bueno, ya sabes, me refiero a que no tenga ninguna enfermedad que pueda terminar en… una muerte prematura.

Jinx lo miró con impaciencia.

–Olvídalo, Nik. Y mantente alejado de él.

–Pero si solo quiero…

–¡Ya sé lo que quieres! –exclamó ella, apretando los puños–. Quieres hacer una película con *No Ordinary Boy*. Te has empeñado en añadir otro Oscar a los cinco que ya decoran las vitrinas de tu casa.

Nik contempló sus ojos, que parecían violetas a la luz de las farolas

de la calle, y pensó que estaba especialmente bella cuando se excitaba, con independencia de que se excitara por deseo o por enfado.

–¿Sabes que tengo cinco estatuillas? Tal vez debería sentirme halagado…

–¡O tal vez no!

–Bueno, confieso que no me importaría que me dieran otra. Pero créeme, la cambiaría por una noche de amor contigo.

Jinx se ruborizó, aunque contraatacó con rapidez:

–No sabía que te hubiera ofrecido esa opción.

Nik se acercó un poco más a ella, sin llegar a tocarla. Después, alzó una mano y le acarició los labios.

–No, no me la has ofrecido. Pero sé que tú también me deseas.

La respiración de Jinx se había acelerado de tal manera que sus pechos subían y bajaban en una muda invitación. Nik admiró su forma bajo la tela del vestido y tuvo la certeza de que, si introducía una mano entre sus muslos, la encontraría húmeda y tan preparada para él como él para ella.

Y ni siquiera se habían besado.

Pero eso se podía corregir.

La tomó entre sus brazos, se apretó contra su cuerpo, inclinó la cabeza y se dejó llevar por lo que el deseo le exigía.

Fue como hundirse en el mar.

Exactamente, como hundirse en el mar.

Nik había besado a muchas mujeres a lo largo de su vida, pero Jinx no se parecía a ninguna. En el momento en que sus labios se encontraron, tuvo la sensación de que su contacto, su sabor y su olor eran lo único que existía.

Y aquella mujer obstinada, de apenas metro cincuenta de altura, no se limitaba a dejarse llevar. Lo estaba poseyendo. En cuerpo y alma.

Capítulo 3

JINX se preguntó qué estaba haciendo.

Fuera lo que fuera, no lo sabía. Solo sabía que no se podía detener.

Nik la besaba como si quisiera que formara parte de su ser, como si quisiera devorarla, como si la quisiera completamente dentro de él o como si se quisiera completamente dentro de ella. La acariciaba y se frotaba de tal forma que Jinx deseó arrancarse la ropa, tomarlo allí mismo y dejarse arrastrar por la energía sexual que, poco a poco, los iba acercando a un clímax completamente fuera de control.

–Vamos a mi hotel –susurró Nik contra su boca–. No sé lo que me estás haciendo, Jinx Nixon… pero tengo la sensación de que voy a estallar si no hacemos el amor enseguida.

Jinx supo que era sincero. Lo supo por la fuerza de su necesidad, tan parecida a la que ella misma sentía.

–¿Lo notas, Jinx? –continuó él, sin dejar de frotarse.

Jinx lo notaba perfectamente. Pero se dijo que no podía ir a un hotel y acostarse con Nik Prince. Por mucho que su cuerpo lo deseara, tenía motivos de sobra para desconfiar; más motivos de los que él se imaginaba.

Cuando Nik se dio cuenta de que se estaba alejando emocionalmente, protestó.

–No, Jinx, por favor… sé que tú también me deseas.

Jinx lo deseaba. No había duda alguna. Pero no se podía entregar; tenía demasiadas cosas que perder.

–¿Tú siempre consigues lo que deseas, Nik?

–Casi siempre.

–Pues deberías aprender a contenerte.

–Pero yo no quiero contenerme. Eres tú quien se niega a seguir adelante –le recordó–. Y te niegas después de haberme excitado tanto que ya no me puedo contener.

–Ni yo –replicó ella.

–Entonces, ¿por qué… ?

–¡Porque sería un error! –exclamó, frustrada–. ¿Es que no lo entiendes? Eres el último hombre de la Tierra con el que yo me acostaría.

Nik la miró con desconcierto durante unos segundos, hasta que comprendió lo que quería decir.

–¿Por qué? ¿Porque quiero hacer una película con esa novela?

–Exacto.

–Maldita sea, mujer…

–Maldecir no te va a servir de nada.

–Puede que no, pero hace que me sienta mejor.

–Pero no te va a servir de nada –insistió Jinx–. No soy tan estúpida como para ir contigo a un hotel. Y por supuesto, tampoco te voy a llevar a mi casa.

–Eres el ser más cabezota y más…

Jinx siguió hablando, como si Nik no hubiera dicho nada.

–Y si intentas seguirme, llamaré a la comisaría de policía y me encargaré de que te detengan por acoso.

–Sinceramente, no te lo recomiendo. Soy demasiado conocido, Jinx… Si me denunciaras por acoso, el asunto aparecería en todas las revistas del corazón y dañarías la imagen de tu padre –alegó.

Jinx era perfectamente consciente de que estaba con un hombre famoso. Y lo había tenido en cuenta al tomar la decisión de mantener las distancias.

–Tu relación con la prensa es un asunto exclusivamente tuyo –declaró Jinx con más seguridad de la que sentía–. Mi prioridad es la protección de la intimidad de mi padre. Ese es el motivo del seudónimo, Nik… J. I. Watson es un medio para proteger su intimidad.

Nik frunció el ceño.

–Pero ¿qué diablos ocurre con tu padre?

Jinx apartó la mirada.

–Eso no importa. Solo quiero que te mantengas alejado de mi padre

y de mí.

–¿Y si no puedo?

Ella se encogió de hombros.

–Tú verás. Hagas lo que hagas, no tendrás los derechos cinematográficos de la obra.

–Maldita sea, Jinx. Tu padre escribió ese libro. Seguro que a él o a ti se os ocurrió la posibilidad de que fuera un éxito…

–¡No se nos ocurrió!

–¿No?

–¡No! Escribir un libro es un acto tan personal como solitario. ¿Quién iba a pensar que *No Ordinary Boy* iba a ser un récord de ventas?

–Que lo iba a ser y que lo sigue siendo…

–Sí.

–¿No estás siendo un poco egoísta, Jinx? Ya conozco tu opinión. Sé que no quieres que tenga los derechos cinematográficos del libro. Pero no he hablado con tu padre y no sé si él es de la misma opinión.

Jinx lo miró con lágrimas en los ojos.

–¿Por qué no nos dejas en paz, Nik?

–Porque no puedo.

Una solitaria lágrima descendió por la mejilla de Jinx, que se la secó al instante.

–No sabes cuánto me gustaría que las cosas volvieran a ser como antes…

–Vamos, Jinx. El éxito también tiene sus ventajas. Tu padre está ganando un montón de dinero con la obra –le recordó–. No llevarías ese vestido tan caro ni esos pendientes de diamantes si no hubiera…

Jinx lo miró con cara de pocos amigos.

–Basta. No sigas.

–De acuerdo.

–El vestido y los pendientes me los he comprado yo, con mi dinero, con mis ganancias –declaró, irritada.

–Si tú lo dices…

–Yo lo digo.

–Está bien.

Jinx clavó la mirada en sus ojos y supo que no se iba a rendir porque ella se lo pidiera. Y a decir verdad, tampoco le sorprendió demasiado. Evidentemente, se había tomado muchas molestias para

localizarla.

–Te lo advierto una vez más, Nik. Si me sigues a casa, llamaré a la policía.

Él asintió.

–Lo sé.

–¿Y bien?

–No importa. Encontraré otro modo.

Jinx no lo dudó. Si Nik Prince se había presentado en la fiesta de su amiga, también averiguaría el modo de encontrar su casa.

–Tengo que irme.

Nik se encogió de hombros nuevamente.

–Estás en tu derecho.

Por la dureza de la expresión de Nik, Jinx supo que ya no se acordaba de lo que había pasado unos minutos antes. Y lo lamentó.

Lo lamentó a pesar de que la discusión la había provocado ella misma para no rendirse a la tentación de hacer el amor con él. Lo lamentó aunque sabía que el riesgo de mantener una relación con Nik era demasiado elevado.

Lo lamentó mientras se daba la vuelta, bruscamente, para alejarse de él.

Esa vez no sintió la mirada de Nik en su espalda; pero tampoco le extrañó. Seguramente, Nik le habría retirado su interés porque pensaba que había fracasado en su objetivo y ya no le resultaba útil.

Mientras caminaba, Jinx se preguntó qué pensaría el director de cine si alguna vez llegaba a descubrir la verdad.

Nik no se sentía precisamente orgulloso de sí mismo. Estaba cenando con Jane Morrow, una guapa rubia de treinta y tantos años que no dejaba de tocarle mientras hablaban, dejando bien claro su interés por él.

Los seis días anteriores, que había dedicado a buscar la dirección de Jinx, habían resultado incluso más frustrantes que los dos meses anteriores. En la guía telefónica de Londres había varios J. Nixon, pero ninguno era el padre de Jinx. Y cuando llamó a la editorial que había publicado sus ensayos, le dijeron que el profesor se había mudado recientemente y que todavía no les había dado su nueva dirección.

Por desgracia, no tuvo más suerte cuando decidió cambiar de objetivo e investigar a Jinx en lugar de investigar a su padre.

En la Universidad de Cambridge se negaron a facilitarle su dirección con el argumento de que necesitaban el permiso de la afectada, aunque se mostraron dispuestos a escribirle una carta para preguntárselo.

Tampoco tuvo éxito cuando, dos días después de la fiesta, se presentó en casa de Susan Fellows con la excusa de que creía haberse dejado un pañuelo; Susan y su marido le confirmaron que Jinx y su padre se habían mudado el año anterior y que él estaba enfermo, pero no quisieron decir nada más.

En cuanto a los amigos de Stazy, ninguno conocía a Jinx en persona.

Al final, no tuvo más remedio que acudir a la única fuente que le quedaba por probar. Jane Morrow, de Stephens Publishing.

Pero Nik, que anteriormente no había sentido escrúpulos por coquetear con ella para conseguir información, se sorprendió espantado ante la posibilidad de manipularla de nuevo. Le parecía poco ético, indigno incluso. Se lo parecía a pesar de que Jane estaba encantada con él y con sus atenciones.

En realidad, se sentía culpable por todo lo que había estado haciendo.

Siempre se había considerado un hombre honrado y un caballero; pero su comportamiento empezaba a ser más que cuestionable.

Y todo, por culpa de su obsesión por Jinx Nixon.

Por más que lo intentaba, no podía quitársela de la cabeza. Ya no la estaba buscando por la película ni por su padre; la estaba buscando porque la echaba de menos.

–Hoy nos han dado una gran noticia.

La voz de Jane, que sonó entusiasmada, lo sacó de sus pensamientos.

–¿Sí?

–J. I. Watson nos ha enviado su segundo libro –le contó Jane con expresión de triunfo–. James se lo ha quedado y yo no he tenido ocasión de echarle un vistazo, pero tengo la sensación de que va a ser un rotundo éxito.

–¿Es una continuación de *No Ordinary Boy*?

–Sí. No se llamará así, aunque tiene los mismos personajes y…

Jane siguió hablando, pero él no le prestó atención. Nik se estaba preguntando si Jinx sabría que su padre había terminado otro libro

cuando habló con él en la fiesta de Susan.

Fuera como fuera, la existencia de una segunda obra podía ser un factor positivo para sus intereses; si Stephens Publishing la publicaba al mismo tiempo que anunciaban el rodaje de una película, el efecto publicitario sería bueno para todos.

Pero no conseguiría nada si no localizaba al padre de Jinx.

–Supongo que el autor habrá puesto las mismas condiciones que puso con el primer libro, ¿verdad?

Jane lo miró con interés.

–¿A qué te refieres?

–A lo de no conceder entrevistas, firmar libros ni asistir a las presentaciones.

–Ah, sí. Pero en este caso hay una condición nueva.

Nik arqueó una ceja.

–¿En serio?

–Es una condición bastante extraña… Ha mencionado tu nombre.

Él cambió de postura, incómodo.

–¿Mi nombre?

–No recuerdo sus palabras exactas, pero ha exigido que no le enviemos correspondencia tuya. Supongo que se habrá enfadado por tus reiterados intentos de conseguir los derechos cinematográficos.

Nik llegó a la inmediata conclusión de que Jinx había hablado con su padre y le había presionado para que incluyera esa cláusula en su oferta a la editorial. Y le irritó tanto que, en lugar de servir para disuadirlo, sirvió para fortalecer su decisión de localizar a Jackson Nixon o a su preciosa hija.

Preferentemente, a su preciosa hija. Necesitaba acostarse con ella. Le gustaba tanto que cada vez que pensaba en su cuerpo, se excitaba.

Cuando terminaron de cenar y salieron del restaurante, acompañó a Jane a su casa.

–¿Te apetece tomar un café? –preguntó ella.

–Estaría encantado, pero no puedo.

Nik fue consciente de que había rechazado la invitación porque Jinx Nixon era la única mujer que le interesaba. En ese momento, su libido pertenecía íntegramente a una pelirroja rebelde de ojos entre azules y violetas.

–Lo siento, Jane –continuó, sacudiendo la cabeza–. Mañana por la mañana tengo una reunión importante a primera hora y necesito estar

despejado.

Jane se acercó a él, le puso una mano en el pecho y se humedeció los labios.

–Bueno, si es por eso, no es un problema. Puedo poner el despertador para que te despiertes a tiempo…

–No puedo, Jane. En serio.

La sonrisa de Jane desapareció al instante.

–¿Por qué no? ¿Es que ya no te intereso? ¿Ya has conseguido toda la información que necesitabas sobre J. I. Watson?

Se había acercado tanto a la verdad que Nik se sintió incómodo. Además, le disgustó el tono posesivo de Jane. A fin de cuentas, solo se habían visto un par de veces y nunca habían llegado lejos. No tenía derecho a esperar nada.

–Lo siento mucho –insistió.

–No tanto como yo –declaró, furiosa.

–Jane…

–Debería haber sabido que el gran Nik Prince no podía estar interesado en mí.

–Jane, escucha un momento…

–No tengo nada que escuchar. Solo querías información sobre el elusivo J. I. Watson –declaró con amargura–. Y quién sabe, hasta puede que tengas suerte… tengo la sensación de que nuestro querido autor tiene tendencias femeninas, por así decirlo.

Nik entrecerró los ojos.

–¿Por qué dices eso?

Jane abrió la puerta de su casa y se encogió de hombros.

–Porque las dos últimas cartas que nos ha enviado olían a perfume de mujer. O es homosexual o las cartas se las escribe otra persona.

Nik pensó inmediatamente en Jinx y en el perfume que usaba.

–¿Podrías describir ese perfume?

–¡No, por supuesto que no! –exclamó, indignada–. Ya veo que todo lo que dice la prensa de ti es verdad.

Nik no necesitó que le recordara lo que la prensa decía de él. No negaban su talento, pero lo consideraban un hombre arrogante, duro, frío, calculador y caprichoso, entre otras lindezas. Sin embargo, la opinión de la prensa le importaba muy poco. La mayoría de los periodistas estaban más interesados en sus líos de faldas que en la capacidad profesional que le había llevado a ganar cinco Oscar.

Mientras pensaba en el detalle del perfume y en la posibilidad de que Jinx le estuviera escribiendo las cartas a su padre, se le ocurrió que tal vez hacía algo más que servirle de secretaria. También era posible que le hubiera ayudado a escribir *No Ordinary Boy*.

Y entonces, se quedó helado.

Porque había otra posibilidad.

Una que no había considerado hasta ese momento; una que ni James ni Jane ni él habían considerado.

Jinx podía ser la autora de la novela.

Capítulo 4

JULIET India Nixon…

El nombre, que Nik Prince pronunció con tanta suavidad como firmeza en el enorme e impersonal restaurante del hotel de Londres, pareció flotar en el aire como una nube oscura y amenazadora.

Sin embargo, Jinx pensó que eran imaginaciones suyas. Nik no tenía motivos para sentirse amenazado por encontrarse con ella. Más bien, todo lo contrario.

–¿Eres tú, Jinx?

Jinx, que estaba sentada dos mesas más adelante, giró la cabeza y lo miró. Habían pasado dos días desde que recibió una carta suya en el apartado postal; una carta donde la invitaba a reunirse con él en el restaurante del hotel Waldorf, a las diez y media de la mañana del miércoles; una carta que habría tirado a la basura de no haber sido porque Nik no la había dirigido a J. I. Watson, sino a Juliet India Nixon.

Al parecer, la había descubierto. Nik sabía que era la autora de *No Ordinary Boy*. Estaba en posesión de una información tan importante para ella que no se pudo negar a reunirse con él en el Waldorf.

–¿Qué diablos quieres de mí? –preguntó.

Los ojos de Nik brillaron.

–La verdad, por supuesto.

–Ah, la verdad. No la reconocerías ni aunque la tuvieras delante de tus narices –se burló Jinx.

Nik se sentó frente a ella y le dedicó una sonrisa.

–Dime una cosa, Jinx… ¿Me tratas así porque te caigo mal? ¿O porque tienes manía a todos los directores de cine?

Una semana antes, Jinx habría contestado que tenía manía a todos los directores; pero ya no estaba tan segura.

–Yo tengo una pregunta más interesante, Nik. ¿Qué ha pasado para que llegues a la conclusión de que soy J. I. Watson? La semana pasada parecías convencido de que el autor de *No Ordinary Boy* era mi padre.

Jinx no hizo esfuerzo alguno por disimular su tono de desprecio. Nik le parecía un hombre arrogante y despiadado; un hombre capaz de hacer cualquier cosa, por poco ética que fuera, para salirse con la suya.

Pero por otra parte, no podía negar que le gustaba. Su pulso se había acelerado en cuanto lo vio en el restaurante con aquellos vaqueros y aquella camisa de seda, de color claro, que le quedaban tan bien.

La miraba y se estremecía. Casi podía sentir el contacto de sus manos, acariciándola.

–Eso carece de importancia, ¿no crees? –respondió él, que se encogió de hombros–. Lo escribiste tú, ¿verdad?

Más que una pregunta, la frase de Nik fue una afirmación. Pero en cualquier caso, Jinx no supo qué contestar.

Cuando escribió el libro, no imaginaba que sería un rotundo éxito y que todo el mundo querría conocer a su autor. Hasta el punto de que uno de los mejores directores de cine del mundo se dedicaría a perseguirla para comprar los derechos cinematográficos.

Había sido una sorpresa para ella.

Pero Nik estaba esperando una contestación. La miraba con intensidad, en silencio, como un depredador. Y ella respondió al fin con una sonrisa reflexiva, como si no se sintiera intimidada por él ni sintiera la menor curiosidad por la forma en que había descubierto su verdadera identidad.

–¿Qué más da? –contraatacó–. Sea como sea, he dejado bien claro que no soy más proclive que mi padre a venderte esos derechos.

Él arqueó una ceja.

–Aún no conoces mi oferta, Jinx.

Ella sacudió su roja y vibrante melena.

–Ni falta que hace. Te he rechazado. Varias veces. Estoy segura de que James Stephens te habrá informado al respecto.

Nik se inclinó hacia delante.

–¿Qué te asusta tanto, Jinx? Tal vez, si me lo dijeras…

–¿Te olvidarías de la película y me dejarías en paz?

–No.

–Me lo imaginaba.

–Pero te entendería mejor.

Jinx soltó un bufido irónico.

–¿En serio? ¿Y por qué crees que necesito tu comprensión?

Él apretó los labios y respiró hondo.

–No sé si necesitas mi comprensión, pero desde luego necesitas mi silencio. Recuerda que sé muchas cosas de ti.

–¿Me estás amenazando?

Nik suspiró.

–No, Jinx, no te estoy amenazando.

–Pues a mí me ha parecido una amenaza.

Nik volvió a suspirar.

–Mira, no te pedí que vinieras a este hotel para discutir contigo –declaró, intentando ser razonable–. Te lo pedí porque…

–Tú no me pediste nada –lo interrumpió.

–¿Cómo?

–No me lo pediste; me lo ordenaste. Sabes que necesito mantener mi identidad en secreto y que no me podía negar a verte –le recordó–. Pero ¿de qué te ha servido, Nik? ¿Crees que ahora estás más cerca de convencerme?

–Sinceramente, no –confesó.

–No, no lo estás.

–Jinx, por favor… ¿se puede saber por qué te opones a que rueden una película con tu libro? –preguntó con impaciencia.

–¿A que la ruedes tú? ¿O a que la ruede otro?

–A que la ruede cualquiera.

Jinx pensó que Nik era muy astuto; se había dado cuenta de que no rechazaba su oferta porque tuviera algo contra él, sino porque lo tenía contra todos los directores de cine. Aunque ciertamente, la insistencia de Nik había convertido su negativa general en una negativa a él en concreto.

Pero ni la propia Jinx conocía el motivo. Quizás lo rechazaba precisamente porque Nik se negaba a aceptar un «no» por respuesta. O quizás, porque se había sentido terriblemente atraída por él desde que lo vio en la fiesta de Susan y Leo.

No recordaba cuándo se había sentido tan atraída por un hombre. Tenía la sensación de que ningún hombre le había hecho sentir lo que sentía con Nik Prince. Pero sabía por experiencia que ese tipo de atracción podía terminar en desastre si se dejaba llevar y, en consecuencia, estaba decidida a mantener las distancias.

–¿Jinx?

Ella frunció el ceño y lo miró a los ojos.

–¿Has leído *No Ordinary Boy*?

La expresión de Nik se volvió más sombría.

–Por supuesto que lo he leído. Medio mundo lo ha leído.

–Creo que exageras un poco.

–Oh, vamos, Jinx. Tu libro se ha publicado en más de noventa países y en veinticinco idiomas distintos.

–No necesito que me lo recuerdes. Ya he recibido mi primer ingreso por regalías –ironizó.

–Entonces, serás consciente de que la mayoría de tus lectores cree que J. I. Watson es un hombre.

–Tú también lo creíste.

–Cierto. El protagonista de la novela es un chico de doce años que está en una silla de ruedas y que de repente desarrolla poderes mentales que..

–¡Ya sé de qué va el libro! –protestó–. ¿Qué pasa? ¿Que no me creías capaz de imaginar el personaje de un chico de doce años?

Nik la admiró con una lentitud deliberada, clavando la vista en la curva de sus senos antes de bajarla hasta sus piernas, embutidas en unos ajustados vaqueros negros.

Al igual que otras veces, Jinx sintió su mirada como una caricia; como si la hubiera tocado realmente y le hubiera dejado el calor de sus dedos.

–Creí que hasta tendrías problemas para imaginar a un chico de mi edad –contestó Nik.

–¡Qué típicamente sexista!

Él se encogió de hombros.

–No es sexista. Me limito a decir lo que pensé.

–Pues es evidente que te equivocabas, ¿no te parece? Si no fuera capaz, no podría haber escrito ese libro.

Él asintió.

–Sí, es evidente.

Jinx sacudió la cabeza y se negó a dar más explicaciones. Quería expulsar a Nik de su vida; no contribuir a alimentar su curiosidad sobre la autora de *No Ordinary Boy*.

–Simplemente no creo que el libro se pueda llevar a la gran pantalla.

–¿Simplemente? –preguntó él con desconfianza.

Ella se ruborizó. Nik no era un hombre fácil de engañar. Probablemente había adivinado que no quería que dirigiera una película sobre la novela porque *No Ordinary Boy* era demasiado personal para ella; tan personal que se negaba a que un director de cine manipulara el libro para convertirlo en un producto vendible.

–En efecto.

–¿Por qué no permites que sea yo quien decida qué se puede y qué no se puede llevar a la gran pantalla?

–Porque estamos hablando de mi libro, Nik –Jinx se inclinó y recogió su bolso, que había dejado en el suelo–. Y mi respuesta sigue siendo la misma. No te venderé los derechos.

Nik supo que Jinx se iba a marchar.

Supo que aquella mujer pequeña, de ojos intensos y cabello de fuego, le iba a dejar plantado en el restaurante.

A él, a Nik Prince, al hombre al que ninguna mujer había dejado plantado.

No salía de su asombro. Cuando el fin de semana anterior llegó a la conclusión de que Juliet India Nixon debía de ser la autora de *No Ordinary Boy*, pensó que estaría en una posición de fuerza y que Jinx no tendría más remedio que venderle los derechos cinematográficos. Pero se había equivocado.

–¿Se puede saber qué te pasa? ¿Por qué te niegas a que asocien tu nombre con una película? –preguntó, sinceramente sorprendido–. ¿Es que el cine es demasiado indigno para la gran Juliet Nixon?

Nik sabía que reaccionaría con ira; de hecho, había ironizado a propósito para provocarla y obtener una respuesta de ella. Pero no imaginaba que su mirada sería tan dura, tan feroz. Ni que le gustaría tanto que, automáticamente, se la imaginaría desnuda en una cama.

Desesperado, sacudió la cabeza y añadió:

–Discúlpame, Jinx, no pretendía ofenderte. Es que no te entiendo.

La mirada de Jinx cambió al instante. De repente, parecía tan

confundida como él; como si no supiera qué hacer ni qué decir.

Pero Nik tampoco se dejó engañar en esa ocasión. Jinx quería irse y dejarle con un palmo de narices. Si ahora dudaba, debía de ser porque tenía algún motivo de peso; un motivo que él desconocía.

–Quédate, Jinx, por favor.

Jinx asintió y volvió a dejar el bolso en el suelo. Se había quedado pálida y apretaba las manos con fuerza.

–¿Quieres cenar conmigo esta noche? –continuó Nik.

Ni el propio Nik supo de dónde había salido el ofrecimiento. Necesitaba la firma de Jinx en el contrato de los derechos, pero Jinx era peligrosa para él. Sospechaba que aquella mujer obstinada, inteligente e increíblemente bella no aceptaría una relación superficial. Pero él no le podía ofrecer otra cosa. Aunque no tenía nada en contra de las relaciones serias, era una posibilidad que no había considerado.

–Eso no lo has dicho en serio –declaró Jinx con expresión pensativa.

–No –admitió Nik–, pero ya que lo he dicho…

Ella se rio con suavidad.

–No creo que sea una buena idea, Nik.

Él tampoco lo creía. El simple hecho de que Jinx pronunciara su nombre, bastaba para que sintiera un estremecimiento de placer

–Puede que no, pero te lo pido de todas formas.

Nik imaginó lo mucho que se habrían reído sus dos hermanos de haber estado presentes. El arrogante y poderoso Nik, rogando a una mujer para que cenara con él. Zak y Rik se lo habrían pasado en grande.

Pero a pesar de todo, quería cenar con ella. Aunque su instinto le decía que mantuviera las distancias, quería cenar con ella. Y para conseguirlo, estaba dispuesto a utilizar cualquier medio que tuviera a su alcance.

–Olvídalo, Nik. Ya te he dicho que no quiero que se haga una película con el libro. Mi padre está enfermo y…

–Sí, he oído que sufrió una crisis nerviosa hace un año.

–¿Y dónde lo has oído, exactamente? –exigió saber ella.

–Me lo dijo uno de sus colegas de la universidad.

–¿Cómo te atreves a interrogar a los colegas de mi padre? –bramó Jinx–. ¡Eso es exactamente lo que intentaba evitar! ¡Sabía que pasaría cuando la gente empezara a buscar al autor de *No Ordinary Boy*!

–Pero…

–¡Mantente alejado de mi padre, Nik! ¡Mantente lejos de cualquiera que le conozca! Y sobre todo… ¡Aléjate de mí!

Jinx se levantó de la silla.

–Siéntate, Jinx…

–De ninguna manera. ¡No puedo creer que hayas investigado a mi padre! Es lo más bajo e indigno que…

–¿Y qué podía hacer? –se defendió–. Te negabas a hablar conmigo.

Jinx lo miró con incredulidad.

–¿Y eso justifica que investigues mi vida privada y la vida privada de mi padre?

En ese momento, oyeron una voz de mujer.

–¿Señor Prince? ¿Nik Prince?

Nik se giró hacia la recién llegada, una mujer de cabello oscuro, ojos marrones y sonrisa sensual que lo miraba con mucho interés.

–¿El director de cine? –continuó la desconocida.

Nik se estremeció para sus adentros. Por experiencia, sabía que solo había un tipo de personas capaces de interrumpir una conversación de ese modo. Y cuando la mujer hizo un gesto a un hombre que acababa de entrar en el restaurante con una cámara, Nik supo que su suposición era acertada.

Periodistas.

Lo último que necesitaba en ese momento.

Capítulo 5

QUÉ CREES que estás haciendo?

Jinx no podía creer lo que pasaba. De repente, Nik se había levantado de la mesa, la había agarrado del brazo y la había arrastrado fuera del restaurante.

–Nik…

–Sigue andando –ordenó.

–Pero yo..

Jinx no terminó la frase. En ese momento, se produjo un destello que la cegó momentáneamente y la dejó aún más confusa. No sabía ni qué había sido esa luz ni quién era la mujer de la que Nik huía ni por qué la arrastraba de ese modo.

Y no obtuvo respuesta hasta que llegaron al ascensor y él pulsó el botón de llamada.

–Esa mujer es una periodista, Jinx.

Acababan de entrar en el ascensor cuando vieron un segundo resplandor. Pero Nik reaccionó al instante: las puertas ya se estaban cerrando cuando sacó un brazo rápidamente y le quitó la cámara al fotógrafo.

–¡Eh, oiga!

El ascensor se puso en marcha y las protestas del fotógrafo se desvanecieron.

Mientras él sacaba el carrete de la cámara, Jinx empezó a temblar. Sabía lo que habría ocurrido si Nik no la hubiera sacado del restaurante ni le hubiera quitado la cámara al fotógrafo. No eran periodistas

normales y corrientes, de los que buscaban información; eran *pararazzi*, especialistas en escándalos. Si Nik no hubiera reaccionado a tiempo, su fotografía se habría publicado en toda la prensa amarilla del país.

–Tranquilízate, Jinx. Ya ha pasado el peligro.

Nik se acercó a ella y le acarició el brazo. Segundos después, las puertas del ascensor se abrieron y Jinx se quedó helada. Se encontraban en uno de los pisos superiores del hotel. En un piso naturalmente lleno de dormitorios.

Nik se acercó a una empleada que pasaba por allí y preguntó:

–¿Podría llevar esta cámara a la planta baja y entregársela a su dueño?

–¿A su dueño? –preguntó, perpleja.

–Sí, no tiene pérdida. Es uno de los paparazis que están en el vestíbulo.

–Por supuesto, señor.

La empleada entró en el ascensor y Nik se giró hacia Jinx.

–Lo siento mucho. No ha sido culpa mía.

–Entonces, ¿de quién es la culpa? ¿Mía? –preguntó ella con sarcasmo–. Te aseguro que los periodistas no me suelen seguir a mí.

–Y yo te aseguro que te seguirían si supieran que eres J. I. Watson.

Nik la llevó hasta una de las habitaciones del pasillo. A continuación, sacó una llave y abrió la puerta. Pero ella se negó a entrar.

–Vamos, Jinx, entra… esos periodistas se quedarán un buen rato en el vestíbulo. Si te vas ahora, se lanzarán sobre ti como buitres –le advirtió.

Jinx no tuvo más remedio que entrar en la suite. Sabía que Nik estaba en lo cierto.

–No te preocupes tanto, Jinx –continuó él–. Además, se me ocurre una forma de solucionar el problema.

–¿Que no me preocupe tanto? –preguntó, indignada–. ¿Que se te ocurre una forma de solucionar el problema? ¡Pero si eres tú quien me ha metido en este lío!

–¿Yo?

Jinx lo miró con rabia.

–Dime la verdad, Nik. ¿Has llamado a esos periodistas?

¿Es una especie de estratagema para obligarme a venderte los

derechos de *No Ordinary Boy*?

–Por supuesto que no.

–¡No te creo!

Jinx estaba tan nerviosa que empezó a llorar.

–¿Qué estás diciendo, Jinx? Esa periodista no te ha hablado a ti, sino a mí –le recordó–. Me buscaba a mí, no a ti.

–¿Seguro?

Nik cerró los brazos alrededor del cuerpo de Jinx y la envolvió con su calor. Ella se aferró a él de forma instintiva. En aquel momento, era una roca en mitad de una tormenta; una roca que cada vez le importaba más.

–Jinx… –dijo él con voz suave.

Nik tomó su cara entre las manos y la miró a los ojos antes de inclinar la cabeza, lentamente, para besarla.

Jinx dudó, pero solo un segundo. Después, entreabrió los labios y le devolvió el beso con todos los sentimientos encontrados que hervían en su interior, dejándose llevar por el deseo que Nik alimentaba con sus caricias.

Cuando alzó los brazos para pasárselos alrededor del cuello, se le salió la blusa de los pantalones. Nik aprovechó la ocasión para llevar las manos a su cintura y ascender poco a poco hasta sus senos, donde se detuvo.

Jinx se arqueó contra él y permitió que la besara en el cuello y le mordisqueara suavemente el lóbulo de una oreja.

Entonces, Nik le desabrochó la blusa, la apartó de su cuerpo y le empezó a lamer los pechos mientras buscaba el cierre del sujetador para quitárselo. Jinx no se resistió ni emitió el menor sonido de protesta. Estaba muy excitada. Sentía un intenso calor entre los muslos, un calor que exigía satisfacción, una satisfacción que solo Nik le podía dar.

Súbitamente, él dejó de acariciarla y la miró a los ojos otra vez.

–¿Esto es lo que quieres, Jinx? –preguntó con voz ronca–. Espero que sí, porque te deseo con toda mi alma.

Nik la volvió a besar. Con tanta pasión como antes.

Jinx sabía lo que le estaba pidiendo. Lo sabía de sobra. Y por supuesto, también sabía lo que ella quería de él.

Pero todo lo demás eran dudas.

Seguía convencida de que mantener una relación con Nik Prince

sería un error con independencia del tipo de relación que mantuvieran. Y aunque deseaba entregarse a él, se apartó, le dio la espalda y se empezó a abrochar la blusa con manos temblorosas.

Cuando terminó, casi tuvo miedo de darse la vuelta y mirar a Nik. Sabía que no se había movido. Seguía en el mismo lugar. Notaba su mirada en la espalda.

Cruzó la habitación y se detuvo al llegar a la ventana, desde la que se veía la calle. Solo entonces, Nik se movió; pero no para acercarse a ella, sino para acercarse al teléfono de la suite y marcar un número.

Entre tanto, Jinx se preguntó cómo era posible que una persona como él quisiera estar con una persona como ella.

Aunque era una mujer hecha y derecha, una mujer adulta, una mujer de veintiocho años, no se atrevía a hacer lo que deseaba. Y no se atrevía porque tenía miedo de lo que pudiera pasar después.

–¿Zak? –le oyó decir.

Jinx se preguntó si el Zak al que Nik había llamado sería Zak Prince, su hermano, el famoso actor.

Y se preguntó por qué le habría llamado precisamente entonces.

–No, lo siento, creo que se ha equivocado de número.

–Muy gracioso, Zak –replicó Nik a su hermano pequeño, sin apartar la vista de Jinx–. Sigues en el hotel, ¿verdad?

Nik lo afirmó con tanta impaciencia y tanto enfado que se ganó la atención inmediata de Zak.

–Oh, vaya… ¿Qué ocurre, hermano?

–Ya te lo contaré más tarde. Tienes que hacerme un favor y me lo tienes que hacer ahora mismo. Necesito que encuentres una mujer bella y que…

–Eso no será un problema –le interrumpió su hermano con humor–. Pero ¿cómo sabes que todavía estoy en el hotel?

–No lo sabía, pero me lo imaginaba.

Nik sabía que Zak había ido al hotel con una mujer, y había dado por sentado que seguiría con ella. Pero, en cualquier caso, también sabía que habría encontrado a una mujer adecuada en un abrir y cerrar de ojos. A sus treinta y seis años, había tenido tantas aventuras amorosas que había perdido la cuenta.

–Por cierto –continuó–, espero que esta vez se trate de una mujer soltera…

Zak respondió con indignación.

–Eso no es justo, Nik. Yo no me acuesto con mujeres casadas. Lo de aquella vez fue una excepción… me acosté con ella porque no me dijo que estaba casada.

–Bueno, da igual. Necesito que bajéis a recepción y que os aseguréis de que os vean. En el vestíbulo hay un par de paparazis… quiero que les distraigáis el tiempo suficiente para que nosotros podamos escapar.

–¿Nosotros?

–Sí –contestó Nik, sin dar explicaciones.

–¿Y se puede saber con quién estás?

–No.

–¿Tú me preguntas si estoy con una mujer casada y yo no puedo preguntar si… ?

–¡Zak! –le advirtió.

–Está bien, está bien, dame diez minutos. Te haré una llamada perdida cuando esté a punto de bajar. Dejaré que el timbre suene tres veces y colgaré; así sabrás que soy yo.

–Estás disfrutando con esto, ¿no? –gruñó Nik.

Zak se rio y repitió:

–Dame diez minutos…

–Pero ni uno más.

Los diez minutos siguientes fueron los más largos de la vida de Nik. Al principio, Jinx le siguió dando la espalda, a pesar de que evidentemente había escuchado su conversación telefónica con Zak; pero después, se dio la vuelta y lo miró.

Estaba pálida y parecía más frágil que nunca.

–Gracias, Nik –dijo–. Has sido muy considerado.

–Siempre he sido considerado, Jinx.

–No lo dudo –declaró ella –. Supongo que tengo que pedirte perdón…

–¿Perdón? ¿Por qué?

Ella suspiró.

–Por haber considerado la posibilidad de que hubieras llamado a esos periodistas. Estaba muy equivocada.

–Descuida, no tiene importancia.

Jinx tragó saliva, incómoda.

–¿Crees que tu hermano tardará mucho?

Nik echó un vistazo al reloj.

–Ha dicho que necesitaba diez minutos y solo han pasado siete. ¿Quieres beber algo mientras esperamos?

Jinx se pasó la lengua por los labios. Nik se estremeció y supo que no era consciente de lo provocativo que resultaba aquel gesto.

–¿Un refresco? ¿Algo más fuerte? –continuó.

Como Jinx se mantuvo en silencio, él se sintió en la necesidad de añadir:

–No te preocupes. Sé que no tienes buena opinión de mí, pero no pretendo emborracharte en pleno día con intención de seducirte.

–Lo sé, Nik…

–Menos mal –ironizó él.

–¿Este tipo de cosas te pasan con frecuencia? Me refiero a lo de la reportera y el fotógrafo que estaban esperando.

Nik se encogió de hombros.

–Me pasa todo el tiempo. Mis hermanos y yo llegamos hace un par de semanas para asistir al bautizo de nuestro sobrino… los tenemos encima desde entonces –respondió–. Pero la peor parte se la lleva mi hermano Zak, que se quedó en Londres porque tenía que hablar con el director de su nueva película. Él les interesa más que yo.

En ese momento sonó el teléfono.

–Hablando del rey de Roma…

Tal y como Zak había prometido, se oyeron tres timbrazos y el aparato dejó de sonar.

–Ha llegado el momento. Vámonos.

Jinx no se movió.

–¿Jinx?

–¿Estás seguro de que saldrá bien?

Nik no estaba seguro. No podía estarlo.

Sabía que Zak y su acompañante femenina llamarían la atención de los *paparazzi*; pero le había quitado la cámara a un fotógrafo y los periodistas tendían a ser vengativos con ese tipo de cosas. Además, tenía la experiencia suficiente como para saber que no debía subestimar la inteligencia de dos *paparazzi* decididos a conseguir una exclusiva.

Pero Jinx necesitaba que la tranquilizaran, así que contestó:

–Estoy completamente seguro. Cuando lleguemos al vestíbulo, crúzalo tranquilamente sin mirar hacia los lados. Después, sal del

edificio, sube a un taxi y… ¿Qué ocurre? ¿Por qué me miras de esa forma?

De repente, Jinx le estaba mirando con desconfianza.

–No es la primera vez que haces esto, ¿verdad?

–¿Librarme de unos periodistas? –replicó, frunciendo el ceño–. Por supuesto que no. Como no dejan de perseguirme…

–No, no me refería a eso.

–Entonces, ¿de qué estás hablando?

–De la llamada telefónica a tu hermano. Ha aceptado rápidamente, como si estuviera acostumbrado a este tipo de situaciones. ¿Cuántas veces te has visto obligado a pedirle ayuda para sacar a una mujer de una habitación?

Jinx parecía terriblemente disgustada. Pero Nik no supo si estaba disgustada con él o consigo misma.

Capítulo 6

JINX pensó que había sido una estúpida.

Cuando estaba con él, cuando se abrazaban o se besaban, olvidaba la clase de hombre que era; pero la rapidez con la que había reaccionado ante los dos periodistas y el aplomo que demostraba ahora, se lo recordaron.

–Vamos, Jinx…

–Siempre encuentras la forma de salirte con la tuya, ¿verdad, Nik? Lo de la fiesta de Susan y Leo es un buen ejemplo… ¿Cómo sabías que iba a estar presente?

–Jinx, te recuerdo que tenemos prisa. Estamos perdiendo el tiempo.

–Pero es mi tiempo y puedo hacer con él lo que me dé la gana.

–También es el mío.

–Tu tiempo me importa unas narices, Nik. No voy a salir de aquí hasta que respondas a mi pregunta –le desafió.

Nik la miró con frustración.

–¿Y tiene que ser ahora? ¿No puedes esperar un poco?

–No, no puedo.

Nik suspiró.

–De acuerdo, pero la respuesta no te va a gustar.

–De eso estoy segura –le confirmó, sarcástica–. Si me has podido escribir para que me reuniera hoy contigo, es porque localizaste el apartado postal que uso para mis relaciones profesionales con Stephens Publishing. Todavía no sé quién te dio esa información, pero ahora me importa poco. Solo quiero saber cómo supiste que iba a estar en esa

fiesta.

Nik no llegó a contestar, porque ella se le adelantó.

–Espera un momento… Claro, claro. Hiciste que me siguieran el día que estuve comiendo con Susan, ¿verdad? Y supongo que también investigaste a la propia Susan.

Jinx se dijo que no había otra explicación. La presencia de Nik Prince en la fiesta de sus amigos no podía ser una simple casualidad.

–¿Y bien? ¿No dices nada?

–Jinx…

–No me llames Jinx. Tú no eres amigo mío –declaró, furiosa–. Llámame Juliet o, si lo prefieres, doctora Nixon.

–Mira, Jinx, yo…

–¡Si tú o cualquier persona que trabaje para ti se vuelve a acercar a mí o a mis amigos, te aseguro que te denunciaré a la policía!

Jinx estaba tan enfadada que, en aquel momento, habría sido capaz de darle un bofetón. No podía creer que Nik se hubiera comportado de un modo tan indigno. Ni que ella hubiera besado a un hombre así.

Nik sacudió la cabeza.

–No estás siendo razonable.

–¿Que no estoy siendo razonable? ¿Cómo te atreves a decir eso después de lo que has hecho, Nik?

–Me refería a la posibilidad de denunciarme a la policía. Como ya te dije, sería contraproducente para ti. Se organizaría un escándalo y tendrías precisamente la publicidad que pretendes evitar –le recordó.

–¿Me estás amenazando?

–Aunque no lo creas, no; no te estoy amenazando –respondió con firmeza–. Los periodistas del vestíbulo no saben quién eres, pero todo el mundo sabe que estoy buscando a J. I. Watson. Y si yo te he podido encontrar, es posible que otros también puedan.

Jinx prefirió no discutir ese aspecto. Sabía que Nik tenía razón.

–Concentrémonos en el problema que tenemos entre manos. Porque si me obligas a llevar esto a la policía, jamás conseguirás los derechos cinematográficos de *No Ordinary Boy*. De hecho, soy capaz de vendérselos a tu peor enemigo.

Él entrecerró los ojos y la miró en silencio hasta que dijo:

–Sí, sé que serías capaz.

Jinx hablaba en serio. Estaba tan enfadada que lo habría denunciado sin pensárselo dos veces. Pero Nik Prince le gustaba tanto

que no estaba segura de que al día siguiente tuviera la misma opinión. Una noche con él lo podía cambiar todo.

–Solo si me obligas –puntualizó.

Él respiró hondo.

–Está bien, pero antes que nada, tengo que sacarte de aquí.

–No te necesito para salir del hotel. Como bien has dicho hace un momento, la prensa no me está buscando a mí.

–No te está buscando ahora, pero te buscará pronto.

–No te entiendo…

–Si mantener tu anonimato ha resultado tan difícil con un solo libro, imagina lo que pasará cuando se publique la segunda novela de la serie.

–¿Qué sabes tú de la segunda novela? –exigió saber ella.

Nik prefirió disimular.

–Nada. Pero supongo que habrá una segunda novela.

A pesar del disimulo de Nik, Jinx supo que estaba informado de la existencia del segundo libro. Y como lo acababa de entregar a la editorial, era obvio que su informante debía de trabajar para la propia editorial.

–Oh, por todos los diablos…

El teléfono empezó a sonar. Sonó tres veces, ni una más ni una menos. Exactamente, como la vez anterior.

–Parece que tu hermano se empieza a poner nervioso –comentó Jinx–. Deberías bajar a tranquilizarlo.

Nik frunció el ceño.

–¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

–¡Eso no es asunto tuyo! Pero ya que te interesa tanto, te diré que voy a salir por donde entré… por la puerta principal. Yo no necesito estratagemas; eso es cosa tuya. Y me da igual lo que te pase con los periodistas.

Jinx salió de la suite y se dirigió al ascensor.

Cuando ya descendía, se dijo que no iba a formar parte de la vida de Nik ni en ese momento ni en el futuro. Pero era consciente de que había estado a punto. Había faltado poco para que se entregara a él.

Cerró los ojos con fuerza e intentó luchar contra la necesidad de sentir su piel, de tenerlo dentro de su cuerpo, de dejarse poseer y de poseerlo por su parte hasta que ya no pudiera pensar en nada más.

Intentó convencerse de que aquella pasión era una consecuencia

indirecta del celibato que se había impuesto durante tantos meses; pero sospechaba que había algo más, que no se sentía tan atraída por Nik por simple y pura necesidad física.

Y la posibilidad le aterraba.

Enamorarse de un hombre como Nik Prince sería no solamente un error emocional, sino también un atentado contra el anonimato de J. I. Watson.

Por si necesitara más pruebas, el grupo de gente que se había arremolinado alrededor de Zak Prince y de la imponente rubia que estaba con él en el vestíbulo, se lo confirmó al cabo de unos segundos.

Jinx salió del hotel, llamó a uno de los taxis que esperaban en el vado y dio las gracias al portero del establecimiento cuando se acercó a abrirle la portezuela.

–¿Adónde vamos? –preguntó el conductor.

–A la calle Fold, por favor. A la editorial Stephens.

El coche se puso en marcha y ella se dedicó a mirar por la ventanilla.

Cuando la puerta de la suite se cerró, Nik pensó que había desaprovechado otra oportunidad. Pero no permitió que la huida de Jinx lo desanimara. Aunque ella pensara que había ganado el último asalto, Nik no iba a permitir que las cosas terminaran de ese modo.

Estaba decidido a seguir adelante. Porque Jinx Nixon era J. I. Watson. Y quería los derechos de *No Ordinary Boy*.

Al menos, fue lo que se dijo a sí mismo. Pero otra parte de él sabía que su insistencia ya no estaba relacionada con la película, sino con el hecho de que la necesitaba en su cama, sin interrupciones y durante el tiempo necesario para satisfacer su mutuo deseo.

Quizás entonces, se la podría quitar de la cabeza. Quizás entonces, dejaría de tener los sueños eróticos que tenía desde que la conoció; sueños en los que hacían el amor de todas las formas imaginables.

Además, jamás había permitido que una mujer se interpusiera entre él y su trabajo. Y Jinx no iba a ser la excepción.

–¿Se puede saber qué te ha pasado? –preguntó Zak minutos después, cuando Nik le abrió la puerta–. He estado con la prensa tanto tiempo como he podido… y debo añadir que a Damson Grey le ha encantado.

Nik sonrió.

–¿Damson Grey?

–Sí, es la mujer con la que he pasado la noche. Y créeme, su cuerpo está a la altura de su fama –aseguró.

Zak se sentó en un sillón y miró a su hermano. Nik le devolvió la mirada, pensando que era uno de los hombres de aspecto más desaliñado que había visto en su vida. No dejaba de sorprenderle que fuera un imán para las mujeres. Aunque por otra parte, tampoco podía negar que era un hombre guapo en el sentido más clásico del término: cabello rubio, ojos azules y una cara tan bonita que casi resultaba femenina.

–Por cierto, ¿dónde está la dama en cuestión? –siguió Zak–. ¿Es que la tienes escondida en el dormitorio?

Nik se sintió incómodo. Por algún motivo, le disgustó que su hermano hablara de Jinx con tanta ironía.

–No ha llegado a estar en el dormitorio.

–¿Ah, no? –preguntó Zak, asombrado.

–No.

–¿Y dónde está ahora?

–No tengo ni idea –respondió con sinceridad–. Salió de aquí hace cinco minutos. De hecho, es posible que te hayas cruzado con ella por el camino.

Zak lo pensó un momento.

–¿Te refieres a esa cosa pequeñita de cabellera roja, ojos azules y unos labios tan bellos que cualquiera… ?

–¡Basta!

Zak lo miró con más asombro que antes.

–Sí, creo que la he visto… Pero no puedo creer que no la hayas llevado al dormitorio. Aunque eso explicaría tu mal humor actual.

–Zak…

–Hermano, eres demasiado mayor para contener tus impulsos de esa manera –se burló–. Es malo para la salud.

Nik hizo caso omiso del comentario de Zak. Estaba más preocupado por Jinx y por lo que pudiera hacer que por las pullas de su hermano pequeño. Porque tenía la absoluta seguridad de que Jinx iba a hacer algo.

–Espero que me disculpes, Zak –dijo mientras alcanzaba su chaqueta de cuero–. Tengo que irme. Estaré fuera un buen rato.

–¿Vas a seguir a esa preciosidad? ¿Cómo se llama?

–Juliet. Y mantente alejado de ella. Muy alejado –le advirtió.

Zak sonrió de oreja a oreja.

–Vaya, es la primera vez que te veo tan interesado por una mujer. Pero está bien, como quieras… ¿Puedo llamar desde el teléfono de tu habitación? Tengo que llamar a casa de Stazy, para hablar con Rik.

–Usa tu móvil. Además, ¿de qué tienes que hablar con Rik?

–De que nuestro querido hermano se ha encaprichado de una diosa de metro cincuenta de altura. De qué si no.

Zak se levantó, abrió la nevera de la suite y sacó un refresco.

–Toma lo que quieras –ironizó Nik, sacudiendo la cabeza–. Pero si yo estuviera en tu lugar, no le diría nada a Rik. Hay cosas que no son lo que parecen.

Zak frunció el ceño.

–Ahora sí que tengo curiosidad…

–Pues deja de tenerla.

Nik se llevó una mano al bolsillo trasero de los pantalones para comprobar que llevaba la cartera.

–¿Ni siquiera me vas a decir dónde vas?

–No.

Zak se encogió de hombros.

–Bueno, puede que nos veamos más tarde.

–Puede.

Nik se marchó y se preguntó por el paradero de Jinx. Cabía la posibilidad de que hubiera vuelto a su casa, pero no lo creía.

Al salir del hotel, entró en un taxi y dio al conductor la dirección del sitio adonde él habría ido si hubiera estado en el lugar de Jinx.

–A la calle Fold. A la editorial Stephens.

El trayecto se le hizo interminable. Nik tuvo la impresión de que el taxi se detenía en todos los semáforos de la ciudad y ante todas las personas que cruzaban las calles por cualquier sitio. Cada vez estaba más impaciente.

Pensó en James Stephens y casi sintió lástima de él. Jinx estaba tan enfadada cuando salió de la suite que si, efectivamente, se había dirigido a la editorial, Stephens iba a tener un encuentro de lo más desagradable.

Cuando llegó a su destino, se dirigió al mostrador de la entrada. Como la recepcionista no sabía si debía dejarlo pasar, llamó por

teléfono a la secretaria de James, que segundos después, dio su visto bueno.

Hasta ese momento, Nik había barajado la posibilidad de que Jinx y James hubieran discutido y de que él hubiera salido de su despacho, lo cual le permitiría quedarse a solas con ella. Pero supuso que la secretaria no le habría dado el visto bueno si su jefe estaba en plena batalla.

Al llegar al despacho del editor, se llevó una sorpresa.

Lejos de estar enfadado, James Stephens le abrió la puerta en persona, le estrechó la mano y dijo, con una sonrisa:

–Es increíble que aparezcas precisamente ahora. No te vas a creer lo que ha pasado… ¡Por fin te puedo presentar a nuestro autor! ¡A J. I. Watson!

James se apartó de la puerta y Nik vio a la persona que estaba sentada en uno de los sillones. Una persona que lo miraba con inmensa ironía.

Era Jinx.

Capítulo 7

SEÑOR Prince…

Jinx lo saludó con frialdad, pero tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para permanecer en el sillón y no salir corriendo. Sabía que Nik se iba a presentar en el despacho desde que la secretaria de James había llamado a su jefe para informarle de su visita, pero no había tenido tiempo suficiente para prepararse.

Además, aún no sabía por qué estaba allí.

No sabía si la había seguido o si se había presentado por casualidad.

Y su encuentro con James tampoco contribuía a tranquilizarla. Había ido a la editorial con intención de decirle lo que pensaba de su empresa y de exigir que le devolviera el segundo libro, pero James se mostró tan encantado de conocerla en persona que no tuvo corazón para ser desagradable con un hombre tan amistoso. Se había comportado como un niño con zapatos nuevos.

–Señorita Nixon…

–¿Puedes creerlo? –preguntó James a Nik–. Quién habría imaginado que J. I. Watson era una mujer…

–Bueno, la señorita Nixon y yo ya nos habíamos visto.

–¿En serio?

–Solo tuvimos ocasión de charlar un rato –intervino Jinx, que no quería dar explicaciones–. Pero fue suficiente para reiterar al señor Prince mi negativa a venderle los derechos cinematográficos de *No Ordinary Boy*.

–Ah –dijo James, sin ocultar su decepción.

Jinx miró a su editor con intensidad.

–Veo que tú estás a favor de que se los venda…

James pareció incómodo. Evidentemente, no quería ofender a una de sus autoras más importantes; de modo que eligió sus palabras con sumo cuidado.

–Yo no soy quién para opinar al respecto. Pero si al final se hace una película, no se me ocurre mejor director que Nik Prince.

Jinx sonrió. Por mucho que le molestara, James había demostrado que era un hombre con mucho tacto.

–Pero esa película no se va a hacer, así que la habilidad profesional del señor Prince es del todo irrelevante.

Para alivio de James, el teléfono sonó entonces y le dio la excusa que necesitaba para zafarse de aquella situación.

–Disculpadme un momento…

Mientras James hablaba por teléfono, Nik se inclinó sobre Jinx y susurró:

–¿Qué estás haciendo aquí?

–Ver a mi editor. Tengo derecho a verlo cuando quiera.

–No lo discuto, pero no lo habías visto hasta hoy.

–Y es posible que no lo vuelva a ver.

Jinx se levantó y fue hasta la ventana para alejarse de James y evitar que escuchara su conversación. Como ya se imaginaba, Nik la siguió.

–Permíteme que te devuelva la pregunta –siguió hablando–. ¿Qué estás haciendo aquí?

–Salvarte de ti misma.

–¿Cómo dices?

–Estabas de tan mal humor cuando te marchaste que…

–Me pregunto por qué estaba de mal humor –ironizó.

Nik intentó tocarla, pero Jinx se apartó con rapidez.

–Jinx…

–Me llamo Juliet.

–Está bien… Juliet. He venido porque no quería que hicieras algo de lo que te puedas arrepentir más tarde. James no tiene la culpa de lo que ha pasado. Yo soy el único responsable. Y no estás enfadada con él, sino conmigo.

Jinx pensó que había acertado plenamente. En efecto, había estado

a punto de romper su relación profesional con James porque estaba enfadada con Nik. Y, sobre todo, porque estaba enfadada con ella misma.

Pero no quería pensar en eso entonces, delante de un hombre que la sacaba de quicio. Ya pensaría en ello más tarde, cuando estuviera a solas.

–No estoy enfadada contigo, Nik –mintió–. No te conozco lo necesario como para estar enfadada contigo.

–Eso no es verdad.

James Stephens colgó el teléfono en ese momento y se disculpó.

–Siento haberos hecho esperar… Casualmente, acabo de hablar con mi editora jefe, la señorita Jane Morrow. Le he comentado que tú y el señor Prince estáis en mi despacho y ha querido sumarse a nuestra reunión. Llegará enseguida.

Jinx decidió que debía poner pies en polvorosa. Le desagradaba la idea de que su visita se convirtiera en un acontecimiento social.

–Me temo que solo puedo quedarme unos minutos más. He quedado con una amiga.

James frunció el ceño.

–Qué lástima… tenía intención de invitarte a comer. Tenía tantas ganas de conocerte que no quería perderte tan deprisa.

–Quizás en otra ocasión.

Jinx ya se disponía a marcharse cuando alguien llamó a la puerta y entró. Era Jane Morrow, la editora jefe.

James se dirigió a su subordinada y declaró con voz triunfante:

–Ah, por fin llegas, Jane… pasa, por favor. Permíteme que te presente a nuestra querida J. I. Watson.

La preciosa rubia que acababa de entrar se acercó a Jinx, le dio un apretón de manos sin fuerza y lanzó una miradita a Nik. Llevaba un traje negro, de falda y chaqueta, que enfatizaba sus curvas y dejaba ver unas piernas interminables.

–Tenía muchas ganas de conocerte… –dijo Jane, con entusiasmo.

Jinx sintió un interés inmediato por Jane. Había notado que Nik se ponía tenso cuando entró en la habitación, e interpretó esa tensión como un indicio de que había mantenido una relación con ella. A fin de cuentas, era una mujer extraordinariamente atractiva.

Sin embargo, había otra posibilidad: que Nik se hubiera puesto

tenso porque Jane Morrow era la persona que le había dado la información que necesitaba. Siendo la editora jefe de James, parecía difícil de creer. Pero toda aquella situación era difícil de creer.

–Gracias. Le estaba diciendo a James que tengo que irme.

Jane frunció el ceño, decepcionada.

–Qué lástima, porque ardía en deseos de hablar contigo; tengo tantas preguntas que hacerte… –declaró–. Por cierto, el segundo libro es magnífico. Y me ha llamado mucho la atención, porque ya sabes que las segundas partes no suelen ser buenas.

Mientras Jane hablaba, Jinx notó que Nik se volvía a poner nervioso.

–Te agradezco los halagos, Jane, pero me temo que debo marcharme.

–Volverás en otro momento, ¿verdad?

Jinx tragó saliva mientras Jane y James la miraban con expectación. Eran dos personas encantadoras, que no se parecían nada a los profesionales fríos e implacables que se había imaginado. Pero por muy encantadores que fueran, no tenía intención de repetir la visita de aquella mañana.

Se humedeció los labios y empezó a formular una negativa.

–Bueno, no creo que…

Nik decidió salir en auxilio de Jinx.

–Yo diría que la señorita Nixon está algo abrumada por vuestras atenciones. Quizás sea mejor que se ponga en contacto con vosotros cuando se sienta con ganas de volver. ¿No te parece, James?

De no haber sido porque Nik la había dejado como una especie de idiota que tenía miedo de su propia sombra, Jinx habría agradecido su intervención. Pero no podía permitir que destrozara su imagen.

–Gracias por su preocupación, señor Prince. Sin embargo, creo que soy perfectamente capaz de decidir al respecto sin su ayuda.

Nik la miró fijamente y se encogió de hombros.

–Desde luego…

Jinx se giró hacia James Stephens y dijo:

–Te llamaré por teléfono.

James no parecía muy contento con la idea de perderla tan deprisa, pero no podía hacer nada por evitarlo.

–Por supuesto. Así tendremos ocasión de hablar del otro asunto que hemos estado discutiendo.

–Muy bien.

–¿Qué otro asunto? –preguntó Nik.

Jinx lo miró con rabia y dijo:

–Eso no le concierne, señor Prince.

James estrechó la mano de su autora.

–Entre tanto, deja que te recuerde que siempre serás bienvenida en nuestra editorial. La próxima vez, te invitaré a comer. Bueno, a ti y a Jane, claro…

–Excelente –dijo sin comprometerse a nada–. En fin, encantada de conocerte, Jane…

Jinx salió del despacho a toda prisa y sin mirar a Nik. Y no se relajó hasta que se encontró en el interior de otro taxi, volviendo a casa.

Entonces, apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos mientras se repetía que no volvería a cometer el mismo error. Que jamás volvería a permitir que las emociones la dominaran.

Siempre había sabido que revelar la identidad de J. I. Watson podía ser muy peligroso. Y aquel día había estado a punto de perderlo todo.

Por culpa de Nik Prince.

Porque la sacaba de quicio.

Porque, contra todo pronóstico, se estaba enamorando de él.

Nik y Jane Morrow acababan de salir del despacho de James Stephens cuando ella declaró con humor:

–Vaya, vaya. Quién habría pensado que J. I. Watson era una mujer.

–Menuda sorpresa, ¿verdad?

Nik solo quería salir de allí. Necesitaba alcanzar a Jinx antes de que se fuera; porque si le perdía la pista, cabía la posibilidad de que no la pudiera volver a encontrar. A fin de cuentas, dudaba que tuviera intención de volver otro día al despacho de James.

–Supongo que eso te facilita las cosas.

Nik no entendió lo que Jane quería decir. Ni a decir verdad, le importaba mucho.

–¿Cómo?

Jane se rio y le pasó una mano por el pecho.

–Vamos, Nik… es una mujer. Y tú tienes talento con las mujeres.

Él apretó los labios, molesto; pero se dijo que le estaba bien empleado. Había coqueteado con ella para conseguir información sobre Jinx.

–Sí, es posible. Discúlpame, Jane… he quedado con alguien y tengo prisa.

Nik supo que era una forma algo grosera de despedirse, pero lo de la prisa era cierto. Estaba perdiendo unos minutos preciosos.

–Por supuesto. Ya sabes dónde encontrarme si necesitas compañía.

Nik pensó que ella también sabía dónde encontrarlo a él, aunque la posibilidad de que se volvieran a ver era extremadamente remota.

Por fin, entró en el ascensor, se despidió de ella y pulsó el botón de la planta baja. Estaba algo sorprendido con su propia reacción ante Jane. Siempre había sido agradable con él; pero de repente, su compañía le resultaba molesta.

Se preguntó si sería por Jinx y se estremeció al pensarlo.

Quizás se estaba enamorando de ella.

Pero no le parecía posible. Él no se enamoraba de nadie. Seguro que solo era un sentimiento fraternal, alimentado por la soledad y la vulnerabilidad de Jinx; algo parecido a lo que sentía por Stazy.

Lamentablemente, Nik fue incapaz de convencerse a sí mismo. Sentía una angustia en el pecho que solo el amor podía explicar.

Además, también estaba el asunto de la película. Por mucho que se engañara en otros sentidos, no podía negar que la obtención de los derechos cinematográficos se había convertido en un objetivo secundario para él. Quería a Jinx por sí misma. La quería porque necesitaba sentir su piel, sentir sus piernas cerradas sobre su cintura, hacer el amor con ella.

Estaba tan perdido en sus pensamientos que, cuando salió del edificio, estuvo a punto de no ver que Jinx se alejaba en ese momento en un taxi.

Se maldijo para sus adentros por el despiste, subió al siguiente taxi de la fila y ordenó al conductor:

–Siga a ese coche.

El taxista arrancó de inmediato.

–La señorita que va dentro se ha dejado el bolso y se lo tengo que devolver.

–No me diga –comentó el conductor con sarcasmo.

Nik hizo caso omiso de su ironía y se concentró en el vehículo que tenían delante. Alcanzaba a distinguir la melena roja de Jinx, absolutamente inconfundible. Y sabía que se enfadaría cuando supiera que la había seguido.

–Lamento tener que decirlo, pero creo que también nos están siguiendo a nosotros…

–¿Cómo dice?

Nik se giró y comprobó que el taxista tenía razón. Los estaban siguiendo.

Se preguntó quién podía ser y llegó a la conclusión de que seguramente serían periodistas. Quizás los dos *paparazzi* a los que había dado esquinazo en el hotel.

–¿Podemos despistarlos?

–Puedo intentarlo –respondió el conductor–. Pero si lo hago, perderé al taxi que me ha pedido que siga…

Nik tardó unos segundos en tomar una decisión. Tenía que elegir entre seguir a Jinx o librarse de los posibles reporteros.

Sin embargo, solo podía hacer una cosa. Después de lo que había pasado por la mañana, Jinx se enfadaría definitivamente con él si llevaba a los periodistas hasta la puerta de su casa. Era un riesgo que no se podía permitir.

Un riesgo que ni él mismo quería correr.

–Está bien. Gire en la siguiente esquina y haga lo posible por despistar a los tipos que nos siguen –le ordenó.

El taxista giró en la siguiente esquina, pero el coche que iba detrás siguió recto.

–Vaya…

–¿Qué ocurre?

El taxista se encogió de hombros.

–Parece que no nos seguían a nosotros.

–¿Qué quiere decir?

–Mire…

Nik se giró y vio que el otro vehículo había desaparecido.

–¿Adónde han ido?

–Han seguido recto. Tengo la impresión de que están siguiendo al otro taxi.

Nik frunció el ceño.

–¿Está seguro?

–Sí.

–¿Podría girar de nuevo y ver si los puede alcanzar?

–Cómo no…

Nik empezó a considerar una posibilidad que no había valorado

hasta ese momento. Una posibilidad que le heló la sangre.

Aquella mañana, cuando vio a los periodistas del hotel, había pensado automáticamente que estaban allí para conseguir una exclusiva con él. Hasta la propia Jinx lo había pensado. Pero quizás habían cometido un error.

Al menos, en parte.

Quizás estaban allí porque sabían que estaba buscando a J. I. Watson y tenían la esperanza de que los guiara hasta ella.

Capítulo 8

JINX soltó un suspiro de alivio cuando el taxi se detuvo junto a su domicilio, aunque seguía tan tensa que no quería pensar en nada.

Acababa de pagar al taxista cuando alguien abrió la portezuela y gritó:

–¡Sal enseguida y entra en la casa, Jinx!

Era Nik.

Jinx lo miró con perplejidad y se preguntó de dónde había salido y si la había estado siguiendo otra vez.

–Ahora no hay tiempo para explicaciones –Nik la tomó del brazo y la sacó del coche–. ¡Entra y cierra la puerta!

–Espera un momento…

–¡Entra! –bramó él.

Nik la tomó de los hombros y la giró hacia la entrada de la casa. Jinx todavía dudó un momento, pero sus dudas desaparecieron de golpe cuando vio que dos personas corrían hacia ellos y se dio cuenta de que debían de ser periodistas.

Entró tan deprisa en la casa que se quedó sin resuello y necesitó un par de minutos para volver a respirar con normalidad.

Estaba atónita. Cuando pensaba que las cosas no se podían complicar más, se complicaban.

–¡Abre, Jinx! ¡Vamos!

Jinx no quería dejarle entrar. No lo quería en su casa. No lo quería en su vida.

Pero Nik empezó a dar golpes en la puerta.

–¡Maldita sea, Jinx! ¡Abre la puerta de una vez! ¡Tenemos que hablar!

Jinx no abrió. Todo había pasado tan deprisa que no pensaba con claridad. Creía que Nik era responsable de que la prensa hubiera localizado su domicilio.

–Si no abres de inmediato –continuó él–, me vas a dejar a solas con los periodistas.

Esa vez, Jinx reaccionó y abrió la puerta con manos temblorosas. Nik entró rápidamente y cerró de un portazo.

–¿Qué diablos has hecho, Nik? –preguntó ella en tono acusador.

–Yo no he hecho nada –se defendió él–. Y deja de mirarme de esa forma, como si yo fuera culpable de todos tus problemas. Creas lo que creas, no tengo nada que ver con la presencia de esos tipos.

Jinx dio un paso atrás, bloqueando la entrada al pasillo de la casa.

–Jinx…

Ella lo miró con enfado. Y un segundo después, llamaron a la puerta.

–Tal vez deberías abrir. A fin de cuentas, esos periodistas están aquí por ti –le acusó.

–Por favor, no compliques más las cosas.

–¿Es que se pueden complicar más?

–No, es posible que no –admitió él–, pero te vuelvo a repetir que yo no tengo nada que ver con esos tipos.

–Pero me has seguido…

–Claro que te he seguido.

–¿Por qué?

–Lo sabes de sobra.

Jinx pensó que tenía razón. Lo sabía de sobra. La había seguido porque era consciente de que si no hablaba con ella después de su encuentro en el despacho de James, no la volvería a ver en toda su vida.

–No haces más que empeorar las cosas, Nik.

Los periodistas volvieron a llamar a la puerta.

–¿Es que no se van a ir nunca? –insistió ella.

Nik la tomó del brazo y dijo:

–Siempre se quedan un rato. Y ahora, vamos a algún lugar donde podamos charlar tranquilamente.

Jinx se apartó y frunció el ceño.

–¿Me habrán hecho alguna fotografía?

–Puede que no…

–O puede que sí, ¿verdad? –declaró con horror–. Esto es lo que me faltaba… Ya no sé qué hacer.

–Juliet, ¿eres tú?

La voz que sonó al final del pasillo era la de su padre. Un hombre alto, de cabello canoso y traje de *tweed* al que Nik miró con interés. Tenía un aspecto muy académico, salvo por el hecho de que llevaba unas zapatillas de andar por casa.

–Sí, soy yo, papá… ¿Dónde está la señora Holt?

–En la cocina, preparando la comida –respondió su padre–. Por cierto, creo que están llamando a la puerta…

El padre de Jinx vio a Nik en ese momento y se acercó para estrecharle la mano.

–Ah, buenos días, joven. No le había visto. Soy Jack Nixon.

Jinx maldijo su suerte. Nik era un hombre inteligente y no tardaría mucho en darse cuenta de que su padre no se encontraba mentalmente bien.

–Encantado de conocerle. Me llamo Nik, Nik Prince –dijo con una sonrisa–. Espero no haberle molestado.

–No, en absoluto. Es que últimamente recibimos pocas visitas. ¿Quiere quedarse a comer? Tengo entendido que la señora Holt va a preparar una ensalada de pollo… Me encanta la ensalada de pollo. ¿A usted le gusta, joven?

Jinx se estremeció ante la actitud casi infantil de su padre, que parecía el hombre más feliz del mundo por una simple ensalada de pollo.

Nik se dio cuenta de que pasaba algo y la miró con el ceño fruncido.

–El señor Prince no se puede quedar a comer, papá –Jinx reaccionó rápidamente–. De hecho, estaba a punto de irse.

–Oh, no… en realidad, no tengo prisa.

–Excelente, excelente –dijo Jack, encantado–. Entonces, iré a hablar con la señora Holt para informarle de que tendremos un invitado a comer.

Jack se marchó y Jinx se quedó a solas con Nik, que evidentemente estaba esperando algún tipo de explicación.

Pero no sabía qué decir.

Su padre, que durante cuarenta años había sido un gran historiador,

uno de los mayores expertos del país, se había convertido en una persona que no recordaba ni el año en el que estaban ni, mucho menos, qué día era.

Naturalmente, se lo podría haber dicho sin más. Pero no quería que Nik sintiera lástima de su padre. Odiaba que la gente sintiera lástima de él.

–¿Jinx?

Ella le lanzó una mirada desafiante.

Como retándole a hacer algún comentario que indicara un sentimiento de lástima o, peor aún, de condescendencia.

Nik supo que, dijera lo que dijera, tenía que ser lo correcto. Porque si se equivocaba, si elegía mal las palabras, Jinx le echaría de la casa y no la volvería a ver.

Y eso era inaceptable para él.

No porque estuviera interesado en los derechos cinematográficos del libro, que a esas alturas era lo de menos, sino porque estaba interesado en ella, en Jinx Nixon. Pero pisaba un terreno extremadamente peligroso.

–¿Qué ha pasado? –preguntó.

–¿A qué te refieres con eso?

Él la miró con inseguridad.

–Ya sabes…

–No, no lo sé.

–Me refiero a tu padre. ¿Qué ha pasado? –repitió Nik–. ¿Es que ha sufrido algún tipo de crisis?

Jinx respondió de forma vaga.

–Sí, se podría decir que ha sufrido algún tipo de crisis. Pero eso carece de importancia en este momento, ¿no te parece? Ahora tenemos un problema más acuciante… ¿Qué vamos a hacer con los periodistas de la puerta?

Nik se encogió de hombros.

–No lo sé.

–¿Que no lo sabes? –preguntó, irritada.

–Bueno, propongo que comamos tranquilamente con tu padre y que después veamos si siguen ahí. Es posible que se cansen.

Mientras hablaba, Nik empezó a entender el problema de Jinx.

Conociéndola, era evidente que huía de la publicidad derivada de

su libro porque, en esas condiciones, no quería exponer a su padre a la prensa. Si los periodistas ataban cabos y descubrían que era hija de un famoso historiador, se interesarían también por él. Y Nik sabía que los periodistas podían ser muy insistentes y muy desagradables cuando se interesaban por alguien.

–No, yo tengo una idea mejor.

–¿Cuál?

–Tú te largas y te llevas a esos individuos contigo. Yo me quedo y como con mi padre –respondió ella.

Nik puso cara de desagrado. Suponía que diría algo parecido. Y desde el punto de vista de Jinx, parecía la solución más lógica.

Pero Jinx se equivocaba porque desconocía un detalle relevante para el caso. Los periodistas no le habían seguido a él, sino a ella.

Lo que significaba que conocían su identidad.

Evidentemente, alguien se había ido de la lengua. Nik no había sido, y estaba seguro de que James Stephens tampoco era el culpable. Incluso habría puesto la mano en el fuego por Jane Morrow.

Pero alguien se había ido de la lengua.

Consideró la posibilidad de decírselo a Jinx y la desestimó porque seguía demasiado enfadada con él. Si se lo contaba en ese momento, se dejaría dominar por su enfado y le haría responsable de forma injusta.

–No, creo que mi plan es mejor.

Ella se ruborizó.

–Pues lo lamento mucho, porque…

–¡La comida está preparada!

La voz del padre de Jinx los interrumpió. Nik miró al otro hombre y se preguntó qué le habría pasado para encontrarse en aquella situación. Debía de haber sufrido algún tipo de crisis emocional. Una crisis que, tal vez, también había afectado a Jinx.

Pero no era el momento más adecuado para preguntar.

Como Jinx se mantuvo en silencio, Nik decidió presionarla un poco.

–¿No has oído a tu padre? La comida está preparada.

Ella lo miró con irritación.

–Nik, ya te he dicho que…

–Oh, vamos…

–Está bien. Pero no creas que esto se va a quedar así. Seguiremos hablando cuando terminemos de comer.

Nik volvió a sonreír.

–Lo estoy deseando.

Salieron de la casa y se sentaron en el jardín, bajo una sombrilla.

El jardín era grande y estaba muy bien cuidado, pero afortunadamente tenía un muro de tres metros de altura que los separaba de la calle y de los curiosos. Él se alegró al ver que era de ladrillo y que no tenía ningún tipo de vano. Conocía a la prensa y sabía que eran muy capaces de saltar vallas o de asomarse a ventanas para conseguir lo que buscaban.

La comida resultó más interesante de lo que había imaginado. A pesar de que Jinx seguía enfadada con él y de que la conversación de Jack dejaba bastante que desear, Nik se lo pasó en grande.

Fue una oportunidad perfecta para observar a Jinx en una situación completamente distinta a las anteriores. Cuando hablaba con su padre, mostraba un lado cariñoso y atento que no había tenido ocasión de observar hasta entonces. Jinx nunca había sido una mujer agresiva, pero como siempre estaba a la defensiva con él, descubrir su cara amable y relajada fue una revelación.

Pero Nik se dijo que todo en ella era una revelación.

Lo que sentía por Juliet India Nixon era algo completamente nuevo para él. Algo que, en lugar de debilitarse con el transcurso de los días, se volvía más intenso y más profundo cuanto más tiempo pasaba con ella.

Adoraba la elegancia de sus manos delgadas mientras comía, y la forma en que se apartaba el cabello de la cara.

Adoraba las dulces curvas de su cuerpo, que ardía en deseos de tocar.

Adoraba los hoyuelos que se le formaban en las mejillas cuando dedicaba una sonrisa a su padre.

Pero la comida llegó a su fin y la señora Holt empezó a retirar los platos.

–Es hora de tu siesta, papá –dijo Jinx.

Jack Nixon se levantó lentamente.

–No envejezcas nunca, Nik –le dijo con humor–. Cuando envejecemos, los hombres nos convertimos en niños.

Jack entró en la casa y Nik lo siguió con la mirada hasta que desapareció. Su último comentario había sido muy perspicaz para un hombre que parecía haber retrocedido mentalmente a su infancia.

–De vez en cuando tiene destellos del hombre que fue, por así decirlo –le explicó Jinx, adivinando sus pensamientos–. Pero, por desgracia, no duran mucho.

Nik frunció el ceño al notar su tristeza. Jinx era demasiado encantadora y demasiado bella para estar tan triste.

–¿No se puede hacer nada? Supongo que le habrás llevado a un especialista…

Ella asintió.

–Sí, claro que sí. Incluso estuvo unos cuantos meses en una clínica, después de que sufriera la crisis, pero no sirvió de nada… Al final, me lo traje a casa porque aquí está mejor.

Nik también asintió.

–¿La señora Holt cuida de él?

–En efecto. Pero es mejor que te vayas –respondió–. Seguro que los periodistas se han cansado de esperar.

–Lo dudo mucho.

–¿Crees que siguen ahí?

Nik estaba convencido de que seguirían en la calle; a fin de cuentas, tenía experiencia con ellos y los conocía. Pero hizo caso omiso de su pregunta.

–Has dicho que tu padre sufrió una crisis. ¿Qué tipo de crisis?

Nik necesitaba saberlo.

No solo porque sintiera la necesidad de ayudar a Jack y a su hija, sino porque tenía la sensación de que el trauma que había sufrido aquel hombre era el mismo que había convertido a Jinx en una mujer ferozmente reservada.

Capítulo 9

JINX lo miró sin saber qué decir.

Por una parte, no quería que Nik supiera nada de su familia; pero por otra, sabía que no se marcharía de allí hasta que diera algún tipo de explicación sobre lo que había sucedido un año y medio antes.

Por fin, suspiró y se levantó de la mesa.

–Ven conmigo al despacho de mi padre.

Nik arqueó una ceja en silencio.

–Sí, mi padre también tiene un despacho en esta casa.

–Pero tengo entendido que os mudasteis hace unos meses…

–Hace seis meses –asintió Jinx–. Y como te puedes imaginar, no está en condiciones de usar ningún despacho. Pero traje sus cosas de todas formas.

Nik se levantó y la siguió por uno de los pasillos de la casa.

Poco después, se encontraron en una sala enorme que, más que un despacho, parecía una biblioteca.

Las paredes estaban cubiertas de estanterías llenas de libros que llegaban hasta el techo. Había una mesita que evidentemente estaba pensada para leer y para consultar textos y una mesa llena de papeles y fotografías enmarcadas.

Jinx se acercó a las fotografías, alcanzó una y se la dio a Nik, sin mirarla.

No necesitaba mirarla para saber lo que Nik iba a ver. Era la imagen de una familia feliz que disfrutaba de un picnic junto a un río y sonreía a la cámara.

Su madre, su padre, su hermano y ella misma.

Una familia común y corriente.

Salvo por el hecho de que se había roto.

–¿Dónde viven tu madre y tu hermano? –preguntó Nik.

–Fallecieron hace dieciocho meses. Y por si te interesa, te diré que el apellido de soltera de mi madre era Watson.

Nik asintió, pero no dijo nada.

Qué podía decir. Su hermano y su madre habían fallecido.

–Aquello fue demasiado para mi padre –declaró Jinx tras unos segundos de silencio–. Ha estado así desde entonces.

Nik echó otro vistazo a la fotografía y la volvió a poner en su sitio.

–Tal vez debería haber sido más fuerte. Al fin y al cabo, es tu padre y tú le necesitabas. Él perdió a una esposa y a un hijo, pero tú perdiste a una madre y a un hermano.

Jinx sacudió la cabeza.

–Eso no es justo, Nik. No conoces la situación. No te puedes presentar en mi casa y hacer juicios de valor tan negativos sobre…

–Tranquilízate, Jinx. Yo solo pretendía…

–No sé lo que pretendías, pero ya es hora de que te vayas –lo interrumpió.

Jinx sabía que estaba reaccionando de forma exagerada, pero no lo podía evitar. Cuando estaban juntos, no dejaba de pensar en lo mucho que lo deseaba. Era una sensación constante, que la acechaba en la piel y la volvía loca.

–Quiero que te vayas, Nik.

–¿De verdad?

Jinx se preguntó en qué momento se había acercado a ella. De repente, lo tenía a tan pocos milímetros de distancia que sentía su calor.

Se humedeció los labios y contestó:

–Sí.

–No, sabes que eso no es cierto.

Él bajó la mirada y la clavó en sus labios.

–Nik, por favor…

Nik se inclinó sobre ella y la besó.

Jinx quiso romper el contacto, pero su cuerpo la traicionó de tal manera que, en lugar de eso, se apretó contra él. Y en lugar de mostrarse pasiva o de apartar la cabeza, reaccionó a su beso con una pasión de la que ni siquiera se habría creído capaz.

Solo habían transcurrido unas horas desde la última vez que se habían besado, pero su hambre era mayor que nunca.

Nik cerró las manos en su cintura y Jinx se dedicó a acariciarle la espalda desesperadamente, sin hacer el menor esfuerzo por ocultar su deseo. De hecho, no fue ella quien se detuvo al final, sino él.

De repente, la miró a los ojos y dijo en voz baja:

–Te estaría besando mil años. No hay nada que desee más. Pero, desgraciadamente, hay asuntos que debemos tratar de inmediato.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

–¿Asuntos? ¿Qué asuntos?

Nik respiró hondo.

–Te recuerdo que hay dos periodistas en la entrada de la casa y que no se van a ir así como así. Lo cual significa que…

–¿Qué significa, Nik?

Jinx se apartó, avergonzada por haberse dejado llevar de nuevo. Se sentía terriblemente atraída por él. No podía negar que lo deseaba. Pero seguía convencida de que Nik Prince era el último hombre del mundo con el que se podía acostar.

–Significa que tendréis que ser tu padre y tú los que os marchéis –respondió–. Temporalmente, por supuesto.

Ella sacudió la cabeza.

–Eso es ridículo. Si te están siguiendo a ti, se irán contigo.

Jinx no quería llevarse a su padre. Se había mudado a aquella casa porque su antiguo hogar estaba lleno de recuerdos de su madre y de su hermano y resultaban muy dolorosos para el pobre Jack. Le disgustaba profundamente la idea de sacarlo de allí, aunque solo fuera durante unos días.

Nik arqueó una ceja.

–¿Y si no se van?

–Se irán.

Él sacudió la cabeza muy despacio.

–Ojalá estuviera tan seguro como tú…

Jinx empezó a desconfiar.

–¿Por qué dices eso?

Él se encogió de hombros.

–Por nada, por nada –mintió–. Digamos que tengo un presentimiento…

–¿Pretendes que me lleve a mi padre por un vulgar presentimiento?

–Mis motivos son irrelevantes, Jinx. Lo único que importa es que esos periodistas se van a quedar donde están. Y créeme, tienen una paciencia infinita cuando les interesa algo… mucha más paciencia que tú –afirmó Nik–. Además, tu padre no va a estar siempre en el piso de arriba, dormido.

Jinx pensó que eso era cierto. Cuando se levantara de la siesta, Jack bajaría y querría saber por qué se negaba a abrir la puerta cuando estaban llamando. Pero no se podía llevar a su padre a una habitación de hotel. Y no quería abusar de la confianza de algún amigo para que les diera alojamiento durante unos días.

–Sigo pensando que te seguirán cuando te vayas –insistió, obstinada.

Nik volvió a suspirar.

–¿Quieres que probemos?

Jinx lo miró con los ojos entrecerrados. Nik parecía muy seguro de sí mismo. Como si supiera que los periodistas no estaban allí por él.

Pero tenían que estar allí por él.

La prensa solo se habría interesado por ella si hubieran descubierto que era J. I. Watson, la autora de *No Ordinary Boy*.

Y no podían haberlo descubierto.

No era posible.

En ese momento se dio cuenta de que tal vez estuviera en un error.

Los periodistas la habían visto con Nik Prince en el vestíbulo de un hotel muy conocido, y todo el mundo sabía que Nik Prince andaba detrás de J. I. Watson para conseguir los derechos cinematográficos de la novela. Si la habían seguido hasta la editorial, solo habrían tenido que sumar dos y dos para llegar a la conclusión de que J. I. Watson era Jinx Nixon.

Aunque no estaba segura, se sintió derrotada.

Y como en otras ocasiones, culpó a Nik Prince de su situación. Se dijo que no la habrían descubierto si él no hubiera sido tan insistente. Se dijo que no la habrían descubierto si él no la hubiera seguido.

Pero, naturalmente, eso no cambiaba las cosas.

–Es igual, no te molestes –respondió al fin–. ¿Qué propones que hagamos?

–Bueno, lo he estado pensando detenidamente y…

–¿Por qué será que no me sorprende? –ironizó ella.

Los ojos de Nik brillaron.

–No te enfades conmigo, Jinx. Yo no tengo la culpa.

–¿Y con quién quieres que me enfade?

Nik la miró con humor.

–Ah, vaya… ¿estás enfadada conmigo porque no tienes a nadie más con quien desfogarte? –quiso saber.

–Pues sí. Y qué –dijo, desafiante–. Además, sigo sin estar convencida de que no sea culpa tuya. Todo iba bien hasta que apareciste en mi vida.

–Lo siento, pero tu vida no iba bien. Tu vida es un desastre. Empezando por lo de tu padre, cuyo estado empeorará si no lo dejas en manos de los profesionales adecuados.

–¿Cómo dices? –preguntó con resentimiento.

Nik intentó ser razonable.

–Mírate un momento, Jinx. Tienes un trabajo en la universidad, pero no lo ejerces porque tienes que cuidar de tu padre. Además, eres una autora famosa, pero te escondes para que nadie se entere de lo de tu padre. Y en cuanto a tu vida privada…

–Mi vida privada no es asunto tuyo.

–En eso te equivocas. Yo formo parte de ella.

–¡Pues deja de formar parte! –bramó, casi a gritos–. Ni te necesito a ti ni necesito tus tonterías psicologistas sobre el estado de mi padre. Déjame en paz, Nik. Márchate de una vez y déjame en paz.

–¿Seguro que quieres que me vaya? Esa no es la impresión que me has dado hace unos minutos, Jinx.

–Sí, admito que me gustas. Pero me gustas físicamente, nada más. ¿Crees que las mujeres no somos capaces de distinguir entre amor y sexo? Porque te aseguro que somos capaces… –Jinx soltó una carcajada sin humor–. O por lo menos, yo lo soy.

Nik quiso agarrarla de los hombros y zarandearla hasta que le castañetearan los dientes.

No podía creer lo que acababa de oír.

Ninguna de las mujeres con quien se había acostado le había dicho que solo lo quería por su cuerpo; ni siquiera cuando era evidente. Pero Jinx Nixon se lo había dicho con toda tranquilidad. Y no le gustó nada.

–¿Qué ocurre, Nik? ¿Es que estás más acostumbrado a ser tú el que dice ese tipo de cosas? –se burló ella.

Nik pensó que estaba muy equivocada, pero la situación le pareció

irónica. Se había estado preocupando por lo que sentía por ella y ahora decía que solo lo deseaba.

Respiró hondo y dijo, con toda tranquilidad:

–No particularmente. Yo no suelo decir ese tipo de cosas; al menos, con tan poco tacto. Me parecería impropio de un caballero.

Jinx se puso roja como un tomate, aunque reaccionó enseguida.

–Sí, puede que no sea la forma más elegante de decirlo –admitió–, pero eso no cambia nada. Quiero que te vayas.

Nik consideró la posibilidad de hacer exactamente lo que le estaba pidiendo. Sin embargo, los periodistas seguían delante de la casa y no quería dejarla a solas con ellos.

–Jinx, no te puedes quedar aquí.

–Claro que puedo. Y en cualquier caso, lo que yo haga o deje de hacer no es asunto tuyo –insistió.

Nik deseó hacer que fuera asunto suyo. Deseó comportarse como un hombre de las cavernas, cargársela al hombro y sacarla a ella y a su padre de su casa.

Desgraciadamente, esa no era una solución aceptable; pero tampoco la podía dejar a merced de la prensa.

–Tengo un amigo que es casi de la familia –empezó a decir–. El caso es que… ¿Has oído hablar de Ben Travis?

–¿Tendría que conocerlo?

–No, supongo que no. Aunque está casado con Marilyn Palmer.

Jinx lo miró con sorpresa.

–¿La famosa actriz de Hollywood?

Nik asintió.

–La misma. Y la hija de Marilyn, Gaye, está casada con el hermano de Jordan Hunter, el marido de Stazy.

–Veo que el mundo del cine es un pañuelo…

Nik hizo caso omiso del comentario.

–Ben es psicólogo y…

–Ya te he dicho que mi padre está bien donde está. No necesita un psicólogo. Se recuperará con tiempo, cariño y un poco de paz.

Nik suspiró. Estaba visto que aquella conversación no iba a ninguna parte.

–Está bien, me iré. ¿Puedo llamarte más tarde?

Jinx lo miró con desconfianza.

–¿Para qué?

–Para asegurarme de que todo va bien –contestó él con impaciencia.

–¿Y por qué no iba a ir bien?

–Jinx, ¿podrías dejar de estar a la defensiva durante unos minutos y empezar a pensar con inteligencia? Si me marcho de aquí y los periodistas se quedan junto a tu casa, necesitaré saberlo para…

–¿Para qué? –le interrumpió una vez más.

Nik deseó estrangularla.

–De acuerdo, intentaré plantearlo de otro modo.

–Plantéalo como quieras. No te voy a hacer caso.

–Si te empeñas… pero te llamaré más tarde de todas formas.

–¿Ah, sí?

–Sí.

Ella arqueó las cejas.

–¿Y cómo me vas a llamar? No tienes mi número de teléfono.

Nik se dijo que sería mejor que se marchara de inmediato. Si seguía allí, la estrangularía de verdad.

–Claro que tengo tu número de teléfono.

Jinx reaccionó con indignación.

–¿Y se puede saber cómo lo has conseguido?

–Por Dios, Jinx… el número está apuntado en tu teléfono. Ahí mismo, delante de mis narices –contestó.

Nik levantó una mano y señaló el aparato. Jinx se sintió tan estúpida que estalló.

–¡Eres el tipo más despreciable que… !

–¿Cuándo vas a empezar a entender que solo te quiero ayudar?

–¿Y cuándo vas a entender tú que no quiero tu ayuda?

Nik apretó los puños y la miró con frustración.

–Muy bien, como quieras. Te llamaré más tarde.

–No esperes que conteste.

Nik salió del despacho y se dirigió a la puerta principal de la casa.

Solo quería abrir y marcharse. Pero no era fácil. De hecho, nada que estuviera relacionado con Jinx Nixon era fácil.

Capítulo 10

DÍGAME?

Jinx se maldijo a sí misma por parecer dubitativa cuando el teléfono sonó aquella noche y alzó el auricular. Daba por sentado que sería Nik Prince y que, si se mostraba dubitativa, lo interpretaría como una señal de que le gustaba.

Sin embargo, debía reconocer que Nik había acertado con los periodistas. Seguían en la calle, esperando. El fotógrafo se había marchado un rato antes, pero había vuelto en un coche y ahora estaba en el interior del vehículo con su compañera, bebiendo refrescos y comiendo hamburguesas.

–¿Juliet? ¿Juliet Nixon? –dijo una voz femenina.

Jinx se quedó extrañada. La voz le resultaba familiar.

–Sí, soy yo…

–Ah, hola. Soy Stazy Hunter. No sé si te acuerdas de mí… nos conocimos en la fiesta de Susan y Leo.

Jinx no necesitaba que le recordara quién era. En cuanto oyó su nombre, se acordó de su insistente hermano.

–¿Qué puedo hacer por ti, Stazy?

–¿Puedo llamarte Jinx? Tengo entendido que tus amigos te llaman Jinx…

Jinx hizo caso omiso de la pregunta.

–No quiero parecer grosera, pero ¿por qué me has llamado?

Stazy soltó una carcajada.

–Si estás pensando en mi hermano, descuida. Te aseguro que no

está escuchando nuestra conversación.

–Pero te ha pedido que me llames, ¿verdad?

–Sí, está preocupado por ti.

–Pues no debería. Ya le he dicho que mis problemas no son asunto suyo.

Stazy volvió a reírse.

–Lo sé. También me lo ha comentado.

Jinx se preguntó qué otras cosas le habría comentado.

Supuso que Stazy estaría al tanto de la relación que mantenían, pero no quería darle explicaciones.

–¿Los periodistas siguen ahí?

Jinx decidió decir la verdad. Podía engañar a Stazy, pero no a Nik. Y sabía que su hermana le informaría después.

–Antes de que contestes –continuó Stazy–, quiero decirte que me ha gustado tu libro. Me ha hecho reír y llorar al mismo tiempo.

A Jinx no le extrañó que conociera su identidad; obviamente, Nik tendría que haberle contado toda la historia, o al menos parte, para convencerla de que la llamara. Además, el comentario de Stazy sobre *No Ordinary Boy* era muy halagador. Ella también había reído y llorado mientras lo escribía.

–Gracias. Y sí, me temo que los periodistas siguen en la calle. Pero no es ningún problema –mintió.

–¿Estás segura de eso? Sé que los chicos de la prensa pueden ser muy pesados.

–Estoy completamente segura –afirmó Jinx–. Y aunque agradezco tu amabilidad…

–Mi amabilidad no tiene nada que ver con esto. No te he llamado solo para preguntar por los periodistas.

–¿Ah, no?

–Nik cree, y yo estoy de acuerdo con él, que deberías venir a mi casa y quedarte conmigo unos días. Bueno, tú y tu padre, naturalmente.

Jinx frunció el ceño.

–No voy a ir a ninguna parte. Además, jamás se me ocurriría meteros a ti y a tu familia en este lío…

–No nos meterías en nada –Stazy le restó importancia–. Y te aseguro que no sería ninguna molestia. De hecho, Jordan se ha marchado de viaje de negocios y estaría encantada de tener compañía.

–Aun así, no es necesario. No quiero parecer desagradecida, pero sé

que ha sido idea de tu hermano y no voy a aceptar. Por favor, dile de mi parte que no necesito su ayuda, que soy capaz de cuidar de mí misma.

–Pero…

–Ah, y añade que me deje en paz.

–Está bien, como quieras –dijo Stazy, que no pareció ofendida por su negativa–. Te daré mi número de teléfono de todas formas. Por si acaso.

–De acuerdo.

Jinx apuntó el número de Stazy, se despidió de ella y colgó.

Después, se quedó sentada unos minutos junto al teléfono. Nik parecía incapaz de dejar de interferir; aunque por otra parte, la llamada telefónica de Stazy había sido un pequeño avance en ese sentido; evidentemente, Nik había recurrido a su hermana porque sabía que no quería hablar con él.

Quizá estaba empezando a entrar en razón. Y Jinx se preguntó si era eso lo que quería; si lo quería completamente fuera de su vida.

La respuesta fue negativa. En realidad, no soportaba la idea de perderlo. Aunque intentara engañarse, se había enamorado de él.

Ya no lo podía negar. Pero pensaba que su amor por Nik no tenía futuro. Incluso dejando al margen el problema de los derechos de *No Ordinary Boy*, suponía que Nik no estaría interesado en mantener una relación seria.

Y ella no se conformaría con menos.

Suspiró y se dijo que debía dejar las cosas como estaban. Con un poco de suerte, olvidaría a Nik y podría seguir con su vida.

Pero al día siguiente, cuando se levantó y se asomó a la ventana, descubrió que seguir con su vida no iba a ser tan sencillo. Ya no había dos periodistas en la calle, sino más de una docena, armados con cámaras de televisión.

Más de una docena de periodistas que se abalanzaron rápidamente sobre el hombre que en ese momento salía de un deportivo de color verde oscuro.

Era él.

Nik cruzó entre la nube de cámaras y reporteros con expresión sombría y sin prestarles ninguna atención, haciendo caso omiso de las preguntas que le formulaban y de los destellos de los flashes.

En esas circunstancias, Jinx no tuvo más opción que abrirle la

puerta y permitir que entrara en la casa. Los periodistas lo siguieron hasta el umbral, pero él les cerró la puerta en las narices con total naturalidad.

Estaba muy atractivo. Llevaba una camisa negra y unos vaqueros desgastados, y tenía el pelo húmedo como si acabara de salir de la ducha.

En comparación con él, Jinx pensó que su aspecto era lamentable. A fin de cuentas, se acababa de levantar de la cama. Tenía el pelo revuelto, estaba sin maquillar y llevaba una bata de color salmón encima de un camisón a juego.

–¿Qué está pasando? ¿De dónde han salido tantos periodistas?

Nik la miró con mucha seriedad.

–¿No has leído los periódicos?

–Todavía no. Los trae la señora Holt, pero no llegará hasta dentro de un rato… ten en cuenta que son las ocho de la mañana.

Él sacudió la cabeza.

–Por su propio bien, espero que hoy no aparezca por aquí… ¿Cuánto tiempo tardarías en recoger las cosas que necesitaríais tu padre y tú para pasar un par de días fuera?

–Cinco minutos.

–Muy bien.

–¿Qué ocurre, Nik? ¿Qué dicen los periódicos?

–De momento solo ha aparecido en el periódico de los periodistas que te siguieron ayer, pero la noticia se ha extendido y dentro de poco estará en todos los medios. Será mejor que te olvides de tu anonimato, Jinx. Han publicado una fotografía tuya y un artículo donde especulan con la posibilidad de que seas J. I. Watson.

Jinx se llevó las manos a la cabeza.

–Oh, no… eso es terrible…

–Sí, lo es –declaró él, sin hacer el menor intento por suavizar el asunto–. Deberías haberte ido anoche, cuando Stazy te lo pidió.

–Querrás decir cuando tú me lo pediste.

–Stazy, yo… ¿qué más da?, ¿qué importa quién te lo pidiera? –razonó–. Deberías haber salido de aquí cuando tuviste la oportunidad, Jinx. Ahora, tu casa está rodeada de periodistas por todas partes.

Jinx ya se había dado cuenta de eso. Y se preguntó cómo reaccionaría su padre cuando se despertara y viera a la prensa.

Tenía que hacer algo y tenía que hacerlo pronto.

–¿Qué quieres que haga?

Nik arqueó una ceja y la miró con sorpresa.

–Vaya, ¿ahora estás dispuesta a cooperar?

Jinx se ruborizó.

–No sabía que las cosas iban a llegar a este punto…

–No, supongo que, en tu ingenuidad, creíste que yo estaba exagerando.

–No todo el mundo es tan experto como tú –ironizó.

Nik la miró con dureza.

–¿Y encima te burlas de mí? ¿Vengo a ayudarte y te burlas de mí?

Ella se ruborizó un poco más, incómoda.

–Bueno, es verdad que tienes más experiencia que yo… –intentó justificarse.

Jinx sabía que estaba siendo injusta con él. Nik se había tomado la molestia de volver aquella mañana y enfrentarse a los periodistas para sacarla de aquel lío. Y se había tomado esa molestia a pesar de que ella le había exigido que se mantuviera lejos.

En realidad, le estaba profundamente agradecida.

Pero no se atrevía a decirlo porque también estaba enamorada de él.

Nik la miró y pensó que estaba preciosa sin maquillar y con el pelo revuelto, como si acabara de despertarse. Y la miró de un modo tan intenso, con tanto deseo, que Jinx sintió un estremecimiento de placer.

–Oh, Jinx…

La deseaba con toda su alma.

Sabía que no era el momento más adecuado para demostrárselo. Sabía que debía concentrarse en sacarlos a ella y a su padre de la casa. Pero después de una noche en vela, preocupado por su situación y por la posibilidad de perderla para siempre, habría dado cualquier cosa por tomarla entre sus brazos y besarla otra vez.

Podía negarlo tanto como quisiera. Podía repetirse una y otra vez que su interés por Jinx era puramente profesional, limitado a los derechos cinematográficos de su novela. Pero su cuerpo y su corazón decían algo muy diferente.

Al final, apartó la mirada y pensó que no podía ser. Él no tenía corazón. Se lo habían dicho tantas veces que solo tenía que hacer un esfuerzo y creérselo. Lo que sentía por Jinx debía de ser deseo. Nada más que deseo.

–Será mejor que te vistas y que prepares tus cosas.

Ella palideció y se cerró la bata con fuerza.

–Sí, tienes razón. Pero ¿cómo vamos a salir de la casa? Tú mismo has dicho que hay periodistas por todas partes.

–Deja eso en mis manos.

Jinx permaneció inmóvil. Era evidente que no iba a subir a su dormitorio hasta que le diera una explicación, así que añadió:

–Mientras tú te vistes, yo saldré a la calle y les diré que se hará una declaración pública dentro de unos minutos.

Ella se estremeció.

–¡De ninguna manera! ¡No tengo intención de salir ahí y… !

–Por supuesto que no vas a salir –la tranquilizó–. Si me escucharas con atención, te habrías dado cuenta de que no he dicho quién va a hacer esa declaración pública.

Jinx parpadeó, perpleja.

–Es verdad…

–Con un poco de suerte, los periodistas pensarán lo mismo que tú has pensado y se congregarán en la parte delantera de la casa a esperar que salgas y que hagas esa declaración.

–Comprendo.

–Y mientras yo hablo con ellos, tú y tu padre saldréis de la casa por la puerta de atrás.

–¿Salir? ¿Cómo?

Jinx parecía tan impotente que Nik volvió a sentir el deseo de abrazarla. Pero estaba tan confundido con sus propios sentimientos que se contuvo.

–Mi hermano te estará esperando en su coche.

–¿Zak?

–No, esta vez no será Zak.

–Entonces, ¿quién?

–Rik, el más pequeño de los tres.

–¿El guionista?

–El mismo que viste y calza.

–Oh, vaya… ¿Y a qué debo el honor de que todos los Prince se interesen tanto por mí? –preguntó con sarcasmo.

Nik apretó los dientes.

–Ya te dije que habíamos coincidido en Londres por el bautizo de nuestro sobrino. Zak se quedó por un asunto concerniente a su próxima

película y Rik se quedó para pasar unas cuantas semanas con Stazy. En cuanto a mí…

–No necesito que me des explicaciones sobre ti. Ya sé por qué te has quedado en Londres –le recordó.

Él se encogió de hombros.

–Sea como sea, Rik se ha mostrado encantado de ayudarte porque comprende muy bien tu situación… A diferencia de Zak, le desagrada que su fotografía aparezca en las portadas de todos los periódicos.

–Pues ya somos dos.

–En efecto.

–¿Y seguro que no le importa? Tu hermano no me conoce.

–Pero yo te conozco y eso es más que suficiente. Mis hermanos y yo nos llevamos muy bien. Cuando uno pide ayuda a los demás, no preguntamos por qué… simplemente, salimos en su ayuda.

Jinx asintió.

–Pero basta de explicaciones –continuó Nik–. El tiempo es oro.

Ella lo miró con incertidumbre.

–Gracias, Nik. Por ser tan atento conmigo.

–No hay de qué. Además, supongo que te lo debía… la fotografía que ha salido en el periódico es una que te hicieron ayer, cuando salías de la editorial.

–Vaya por Dios –dijo Jinx con una débil sonrisa–. En fin, será mejor que suba y que me vista de una vez.

–Sí, será mejor. A no ser que prefieras salir en bata y camisón, claro. ¡Serías la sensación de todo Londres!

Ella se alejó escaleras arriba y él aprovechó la ocasión para disfrutar brevemente de la visión de sus piernas.

Después, cuando ya había desaparecido, apartó la mirada y apretó los puños.

Si hubiera sido posible, la habría seguido hasta el dormitorio, le habría quitado la ropa y le habría hecho el amor hasta que los dos quedaran completamente saciados o hasta que fallecieran por falta de comida y de bebida.

Nik sacudió la cabeza y se dijo que, con sexo o sin él, Jinx Nixon iba a ser su fin.

Capítulo 11

JINX miró al hombre que estaba sentado al volante del sedán plateado que los había esperado en la parte trasera de la casa, como Nik le había prometido.

El menor de los hermanos Prince se parecía más a Nik que a Zak; también tenía el pelo de color oscuro, aunque sus ojos eran azules. Pero debía de ser un hombre reservado, porque hasta ese momento no había dicho ni una sola palabra; se había limitado a meter sus cosas en el maletero, ayudarla a sentar a Jack en el asiento de atrás y arrancar el vehículo.

Incómoda con el silencio, Jinx carraspeó y habló en voz baja.

–Supongo que querrás saber lo que está pasando…

Rik se encogió de hombros.

–Ya me lo dirá Nik cuando lo considere oportuno.

Ella arqueó las cejas.

–¿Siempre es así?

Rik le lanzó una mirada rápida.

–¿A qué te refieres?

Mientras lo observaba, Jinx se dijo que, aunque no fuera tan encantador ni tan hablador como Nik, su parecido con él era mayor de lo que había pensado. Su respuesta había sonado tan irónica como firme.

–Me refiero a todo esto… –contestó, haciendo un gesto hacia la casa que habían dejado atrás.

–No sabría decirte. Para mí es la primera vez… y sospecho que

también lo es para mi hermano –le confesó.

Ella lo miró con sorpresa.

–Pero todos los Prince sois famosos. Seguro que tenéis constantes problemas con los periodistas…

–No me refería a los periodistas.

–¿Entonces, a qué… ? Bueno, da igual.

Jinx prefirió olvidar el asunto porque no estaba segura de que la respuesta de Rik le agradara. Indudablemente, Nik Prince formaría parte de ella.

Y no quería pensar en Nik. En primer lugar, porque seguía creyendo que no la ayudaba únicamente por motivos altruistas, sino para conseguir los derechos cinematográficos del libro; y en segundo, porque seguía creyendo que su amor por él no era recíproco.

–¿Adónde vamos? –se atrevió a preguntar.

–Ahora, a casa de mi hermana; pero las cosas se han complicado tanto que supongo que Nik te llevará después a un lugar más tranquilo.

Jinx apartó la mirada, molesta con la situación.

–Muy bien.

–Yo no me preocuparía tanto –declaró Rik con suavidad–. Sé que las intenciones de mi hermano son buenas.

–Serán buenas, pero me aseguró que nos quedaríamos en casa de Stazy y ahora resulta que vamos a ir a otra parte.

–¿Y eso qué importa?

–No es que el sitio importe mucho. Lo que me molesta es la arrogancia de Nik –le confesó, irritada.

Rik soltó una carcajada sin humor.

–¿No te parece que, teniendo en cuenta las circunstancias, estás siendo algo desagradecida con él?

Jinx se ruborizó de nuevo. Rik tenía razón. Estaba siendo algo más que desagradecida con Nik. Si no se hubiera presentado en la casa a primera hora, si no hubiera tomado la decisión de salir en su ayuda, se habría quedado atrapada con los periodistas.

–Lo siento… es que Nik puede llegar a ser bastante insoportable.

Rik sonrió.

–¿Y me lo dices a mí? –preguntó con sarcasmo–. Pero debo decir en su defensa que es un gran tipo. Solo tiene el pequeño defecto de actuar sin pedir permiso antes.

Jinx le devolvió la sonrisa. El menor de los hermanos Prince se

estaba ganando su amistad. Era más serio y más tranquilo que Nik y Zak, pero poseía un aplomo y un sentido del humor que le gustaban mucho.

–Por cierto, yo soy el guionista de la familia.

–Lo sé.

–Y me encantaría trabajar con el texto de *No Ordinary Boy.*

Ella se puso tensa de inmediato.

–Mira, Rik…

–No espero que me des explicaciones, Jinx. Comprendo que es un asunto difícil para ti.

Jinx parpadeó otra vez.

–¿Lo comprendes?

–Por supuesto que sí. Y Nik también lo entendería si no hubiera afrontado el problema de forma incorrecta.

–No te entiendo…

–Esta mañana, mi hermano me contó lo de tu familia.

Jinx cambió de postura, incómoda.

–¿Y qué?

–Que yo también soy escritor, Jinx.

–¿Y qué? –repitió.

Rik la miró con intensidad.

–Ya hablaremos más tarde. Este no es el momento más adecuado para discutir el asunto –afirmó.

Por la mirada de Rik, Jinx supo que había adivinado la verdad. De algún modo, la había adivinado.

Y naturalmente, quiso salir de dudas.

–Pero…

–Olvídalo. Ah, mira, ya estamos llegando…

Jinx no tuvo ocasión de insistir porque, segundos más tarde, Rik detuvo el coche frente a un portalón de hierro forjado que se abrió enseguida. Luego, volvió a arrancar y avanzaron por un camino de grava que los llevó a la imponente mansión victoriana de los Hunter.

Ella se quedó atónita.

–Es enorme…

–Es que mi hermana necesita muchas habitaciones. Stazy está empeñada en tener media docena de niños.

–Espero que su marido esté de acuerdo –ironizó Jinx.

Acababan de salir del coche cuando el deportivo verde de Nik

apareció en el camino y se detuvo en el vado. Jinx pareció tan sorprendida que Rik decidió darle una explicación.

–Nik nos ha alcanzado porque he dado un rodeo para llegar a la mansión. Nunca se sabe… hay periodistas por todas partes.

Un segundo después, Nik se acercó a ellos.

–¿Te encuentras bien, Jinx?

–Sí, sí…

Nik frunció el ceño. No parecía muy convencido.

–¿Qué ha pasado en la casa? ¿Cómo han reaccionado los periodistas?

–Bueno, he ofendido a la mitad de la prensa del país al tomarles el pelo para que pudieras huir por la puerta de atrás. Pero al margen de ese detalle, todo ha salido bien –respondió con una sonrisa.

Jinx asintió.

–Discúlpame, Nik. Todavía no te he dado las gracias adecuadamente por lo que has hecho esta mañana.

Él la miró con humor.

–¿Ah, no? Creo recordar que me has dado las gracias por ser… tan atento contigo.

Jinx tardó unos segundos en darse cuenta de que Nik la estaba tomando el pelo por la fórmula excesivamente formal y algo pomposa que había utilizado para darle las gracias. Pero no tuvo ocasión de responder, porque Stazy apareció entonces.

–Siento interrumpir…

–Ah, hola, Stazy…

–Deberíamos llevar a tu padre a la casa. Puede que le apetezca desayunar o tomar un té –declaró Stazy.

Jinx apartó la vista de Nik y se giró hacia su padre, que estaba admirando los jardines en compañía de Rik.

–Tienes razón, Stazy. Como estaba charlando con Nik, me había olvidado de mi propio padre –le confesó.

–Sí, Nik tiene una extraña habilidad para confundir a la gente.

–Muy graciosa –intervino su hermano mayor–. Pero me temo que el padre de Jinx no es el único que necesita un buen desayuno… hemos estado tan ocupados que ni Rik ni yo hemos tomado nada.

Jinx frunció el ceño y se dijo que debía ser más considerada con Nik. A fin de cuentas, él y su familia se habían tomado muchas molestias para ayudarla.

Sin embargo, eso no cambiaba el hecho de que necesitaba hablar con él a solas y tan pronto como fuera posible.

Nik notó la incomodidad de Jinx. Aunque le había dado las gracias por salvarla de los periodistas, la conocía lo suficiente como para saber cuánto le disgustaba que él, precisamente él, hubiera sido su salvador.

Jinx no podía imaginarse el susto que se había llevado a primera hora, cuando vio la portada de aquel periódico entre los diarios que todas las mañanas le subían a la habitación del hotel. Había estado a punto de atragantarse con el café.

La mujer de la fotografía era Jinx. Se la habían hecho cuando salía de la editorial y se disponía a subir a un taxi para huir de él.

Y durante un momento, estuvo a punto de no hacer nada. Si Jinx lo quería fuera de su vida, lo tendría fuera de su vida. Pero no podía permanecer de brazos cruzados. Tenía que hacer algo. Tenía que ayudarla.

–Bueno, basta de charla. Vamos a desayunar –dijo, tomando a Jinx del brazo–. Como decía mi madre, no hay nada tan malo como un estómago vacío.

–Mi madre también lo decía. Pero no todo lo que dicen las madres es tan razonable… –Pues la mía tenía razón siempre –dijo él con humor.

Cuando entraron en la casa, Nik se giró hacia Jack. Estaba en un lugar completamente nuevo para él, pero parecía encantado y lo miraba todo con una sonrisa benigna en los labios.

–¿Qué querrá tomar tu padre?

–Déjamelo a mí.

Jinx se alejó hacia Jack y Nik hizo ademán de seguirla, pero Rik le detuvo.

–No te metas en sus asuntos, Nik –susurró.

–Pero alguien tiene que meterse…

–No necesariamente.

–¿No necesariamente? –preguntó Nik, ofendido.

–Tranquilízate, hermano. Solo pretendía decir que lo que le pase a su padre no es asunto tuyo… ¿O me equivoco y lo es?

Nik apretó los labios y miró con impaciencia a su hermano menor. Rik tendía a ser reservado y a callarse sus opiniones; pero cuando las daba, todo el mundo le prestaba atención. Era extraordinariamente

perspicaz.

Y quizás estaba en lo cierto.

La salud mental de Jackson Nixon no era asunto suyo.

Salvo por el hecho de que, mientras Jinx se viera obligada a cuidar de Jack, no tendría tiempo para vivir su vida. Y si no tenía tiempo para vivir su vida, tampoco lo tendría para mantener una relación con él.

Fuera como fuera, Rik le estaba mirando con una ironía tan obvia que decidió contraatacar.

–¿Has hablado últimamente con Zak?

Rik arqueó las cejas.

–¿Debería hablar con él?

–Francamente, sí. Deberíais poneros de acuerdo para crecer de una vez por todas.

–Creceremos cuando nuestro hermano mayor se enamore –se burló Rik.

–Pues tendréis que esperar sentados.

Rik sonrió e hizo un gesto hacia Jinx, que se acababa de sentar a la mesa.

–¿Tú crees?

Nik se maldijo para sus adentros cuando se dio cuenta de que Jinx se había sentado en la silla libre que estaba más alejada de él.

Nunca había conocido a una mujer tan obstinada.

Nunca había conocido a una mujer como Jinx.

Y mientras la observaba con detenimiento, pensó que ese era el problema, que Jinx era única, completamente distinta a las mujeres que había conocido.

Incluso sentado al otro extremo de la mesa que compartían, era completamente consciente de ella. Desde la elegancia de sus manos mientras untaba mantequilla en una tostada hasta la forma en que ponía los labios para tomar café.

Jinx le gustaba hasta el punto de que casi sintió celos del cuchillo de untar y de la taza de porcelana.

–No estás comiendo, Nik –dijo Stazy a su lado.

Él respiró hondo.

–Es que no tengo apetito.

–¿Qué va a hacer Jinx? ¿Se va a quedar aquí?

Nik se encogió de hombros.

–No lo sé. Tendrás que preguntárselo a ella. Me temo que soy la

última persona con quien compartiría sus intenciones.

Stazy lo miró con humor.

–Parece que por fin has encontrado a una mujer tan cabezota como tú.

–Oh, no creas. Mi obstinación es una broma en comparación con la suya.

–Yo no estaría tan segura de eso…

–Gracias.

–De nada.

Nik lanzó otra mirada a Jinx y sintió otro acceso de celos al ver que estaba charlando con Rik y que él le sonreía.

Se maldijo para sus adentros y se dijo que no estaba pensando con claridad. No podía sentir celos de su hermano menor. Si se hubiera tratado de Zak, el seductor de la familia, el que siempre estaba pasando de una mujer a otra, habría tenido algún sentido; pero Rik no se parecía nada a él.

Sin embargo, tampoco podía negar que sus celos debían de tener algún motivo. La posibilidad de que estuviera con otro hombre, lo sacaba de quicio.

Y sabía que se sentía así porque se había enamorado de ella.

–¿Seguro que no es una molestia? –preguntó Jinx a Stazy, en respuesta a algo que había dicho.

–Por supuesto que no. Como te dije durante nuestra conversación telefónica, Jordan se ha ido de viaje de negocios y me vendría bien un poco de compañía.

–¿Es que yo no soy compañía? –bromeó Rik.

–Me refería a compañía femenina, tonto –contestó Stazy.

Ni Rik ni Stazy se dieron cuenta de la reacción de Jinx al saber que el más pequeño de los Prince se iba a quedar en la casa. Pero Nik lo notó. Había sido una reacción de alivio.

Y le resultó terriblemente ofensivo.

Capítulo 12

JINX se sintió mejor cuando Stazy la dejó a solas en el dormitorio donde se iba a alojar durante su estancia en la mansión. Una estancia que, en cualquier caso, esperaba que fuera corta.

La media hora anterior había sido una tortura. Stazy había tenido que dedicar toda su atención al pequeño Sam, que se había despertado, y ella había sido insoportablemente consciente del silencio de Nik, que se hallaba sentado en el extremo opuesto de la mesa.

Sabía que le pasaba algo, pero no sabía qué.

Hasta pensó que tal vez se había arrepentido de llevarla a casa de su hermana. Quizás tenía miedo de que malinterpretara el gesto y se hiciera ilusiones acerca de su relación con él. Pero de ser así, se había equivocado. Jinx no tenía ni la menor esperanza de que su relación pudiera llegar a buen puerto.

Aún le estaba dando vueltas al asunto cuando Nik abrió la puerta de repente y se detuvo en el umbral.

–Deberías llamar antes de entrar –protestó ella.

–Lo siento.

Nik cerró la puerta suavemente.

–¿Qué quieres, Nik?

–¿Que qué quiero? –preguntó en tono de burla–. Quiero un imposible, Jinx… Me gustaría no haberte conocido. Me gustaría olvidar que te conozco. Me gustaría…

–Sí, sí, creo que me hago una idea –le interrumpió Jinx.

–Lo dudo mucho. Pero dime, ¿qué diablos está pasando entre tú y

mi hermano pequeño?

Ella frunció el ceño.

–¿Zak?

–Sabes perfectamente que me refiero a Rik. Deja de jugar conmigo. Has estado coqueteando con él durante todo el desayuno.

–¡Eso es ridículo!

Jinx estaba realmente asombrada. Jamás se habría imaginado que Nik pudiera interpretar su conversación con Rik de esa manera.

–¿Seguro que lo es? Primero, estáis un buen rato a solas en el coche… y cuando llegas a casa de mi hermana, Rik no te puede quitar la vista de encima.

–¿Qué estás diciendo? ¿Es que te has vuelto loco? Pero si acabo de conocer a tu hermano pequeño…

–Bueno, a mí tampoco me conoces mucho y, sin embargo, me las veo y me las deseo para mantenerme alejado de ti.

Nik se acercó a ella, la tomó entre sus brazos y añadió:

–No juegues con mi hermano pequeño, Jinx.

Ella no pudo hablar. Era totalmente consciente de la presión de su cuerpo.

–¿Me has oído?

–Sí, te he oído –acertó a responder, confusa–. Pero Rik no está interesado en mí. Ni yo estoy interesada en él… De hecho, ya que te importa tanto, te diré que tu hermano pequeño me recuerda mucho a ti.

–¿Qué significa eso?

Jinx se encogió de hombros.

–Tú eres el que tiene todas las respuestas, ¿no?

Pues elige la que más te guste.

Nik la miró en silencio durante unos segundos que le parecieron eternos. Y cuando volvió a hablar, su voz sonó ronca y suave.

–¿Sabes que tienes una boca preciosa?

Ella tragó saliva.

–Y tú…

–¿En serio?

Jinx tuvo que resistirse al deseo de ponerse de puntillas y darle un beso en los labios.

–En serio.

Nik respiró hondo.

–Jinx, cuando todo esto termine…

–¿Es que va a terminar? –preguntó, desesperada.

–Eso espero –respondió él con un suspiro–. Ahora tengo que marcharme… hay un par de asuntos que exigen mi atención. ¿Estarás bien?

Jinx se rio.

–Si tienes miedo de que me desintegre y me desvanezca en el aire cuando tú no estés, puedes estar tranquilo –se burló.

–No, no tengo miedo de eso. Solo quiero saber si puedes retrasar los planes que tengas hasta que yo regrese.

Ella asintió.

–Supongo que sí.

–Muy bien.

Nik la soltó, caminó hasta la puerta y se detuvo después de abrirla.

–Intenta no meterte en problemas durante un par de horas.

–¿Que intente no… ? –empezó a decir ella, indignada.

–No te enfades tanto, Jinx. Tienes una habilidad sorprendente para meterte en líos.

–¡Solo desde que te conozco!

Nik sonrió.

–Vaya, me agrada saber que he tenido algún efecto en tu vida…

Nik salió y cerró la puerta. Jinx se sentó en el borde de la cama y pensó que era un hombre irritante. Primero la acusaba de coquetear con su hermano pequeño y después se burlaba de ella por su supuesta habilidad para buscarse problemas.

Pero su vida había sido muy tranquila hasta que conoció a Nik.

Inmensamente tranquila.

Y también, inmensamente aburrida.

Por mucho que le molestara su arrogancia y su actitud dominante, sabía que lo iba a echar de menos cuando se separaran.

Porque, a decir verdad, ya no sabía vivir sin él.

Cuando Nik volvió a casa de Stazy tres horas después y entró en la cocina, se llevó un nuevo disgusto. Jinx y Rik estaban juntos, cocinando.

–Preciosa escena –dijo, conteniendo su rabia.

–Ah, hola, Nik… –dijo su hermano–. Stazy está arriba, bañando a Sam.

A Nik no le importaba el paradero de Stazy. Solo sabía que Jinx se

encontraba a solas con su hermano pequeño a pesar de lo que le había dicho unas horas antes.

Y le hirvió la sangre en las venas.

Sobre todo, porque había dedicado toda la mañana a intentar localizar al reportero que había escrito el artículo del periódico y a la persona que le había dado la información sobre la verdadera identidad de J. I. Watson.

–Hola –dijo ella en ese momento.

–Hola –repitió él.

–Estamos preparando la comida. Pollo al curry –explicó.

–Sí, ya lo huelo.

–¿Qué tal tu mañana, Nik? –se interesó su hermano–. ¿Todo va bien?

Nik le dedicó una mirada helada.

–No, no va bien. Quiero hablar contigo cuando tengas un rato, Jinx.

–Por supuesto…

–¿Dónde está tu padre?

–En el jardín –respondió, perpleja ante la evidente hostilidad de Nik–. ¿No le has visto al entrar? Ha descubierto que el estanque está lleno de peces y le gustan mucho.

–No. He entrado por la puerta principal, pero no estaba allí.

–¿Que no estaba?

Jinx soltó el cuchillo que tenía entre las manos y desapareció corriendo por el pasillo. Rik intentó seguirla, pero Nik le puso una mano en el brazo y le detuvo.

–También me gustaría hablar contigo.

–¿No te parece que tendríamos que ayudar a Jinx a encontrar a su padre?

Nik lo miró con disgusto, pero asintió. Su hermano tenía toda la razón; no era el momento más adecuado para discutir con él.

–Sí, es cierto. Vamos.

Los dos salieron de la cocina a toda prisa. Cuando encontraron a Jinx, ella miró a Nik con lágrimas en los ojos. Estaba pálida.

–¡No está! ¡No está en ningún sitio… !

Justo entonces, aparecieron dos hombres. Uno era Jack y el otro, un viejo conocido de Nik.

–¡Gracias a Dios! –exclamó ella–. ¡Por fin te encuentro!

–Jackson y yo hemos ido a dar un paseo por los alrededores –

explicó el hombre que lo acompañaba.

–Ah…

Jinx parecía inmensamente aliviada, pero Nik supo que su alivio se desvanecería cuando conociera la identidad de aquel hombre. Y también supo que se enfadaría con él y que se negaría a creer que él no tenía nada que ver con su presencia en la casa.

–¿Te vas a quedar a comer, Ben? –preguntó Rik.

El hombre sacudió la cabeza.

–No, hoy no. He quedado a comer con Marilyn. Solo he pasado un momento a saludar a Stazy y a Sam.

Rik asintió.

–Stazy ha subido a bañar a Sam, pero calculo que ya habrá terminado.

Rik y Ben desaparecieron en el interior de la mansión. Nik se quedó con Jack y con su hija, aunque no se atrevía a mirarla a los ojos. Sabía que había atado cabos y que había deducido la identidad de aquel hombre.

Era Ben Travis.

El psicólogo que le había recomendado en cierta ocasión. El especialista que podía ayudar a su padre.

Sin embargo, Ben no estaba en la propiedad de los Hunter por Nik. Jinx le había pedido que no se metiera en sus asuntos y Nik se lo había tomado muy en serio; por lo menos, en lo referente a su padre.

Desgraciadamente, le bastó una simple mirada para saber que Jinx le creía culpable. Ni siquiera le iba a dar la oportunidad de explicarse.

Capítulo 13

CÓMO te atreves? ¿Cómo te has atrevido? –bramó.

A Jinx no le importó que Ben Travis se mantuviera lejos de Jack y se dedicara durante su corta estancia en la casa a charlar con Stazy y con Rik. Era consciente de su presencia y de que se dedicaba a observar a su padre cuando creía que nadie estaba mirando.

Un par de horas más tarde, al terminar de comer, aprovechó que Jack se había retirado a echar la siesta y que Rik y Stazy se habían ido de compras para acercarse a Nik y decirle lo que pensaba.

–¡Te pedí que te mantuvieras alejado de mi padre!

¡Fui categórica al respecto! ¡Y sin embargo, te atreves a llevarme la contraria y a invitar a un psicólogo!

Nik sacudió la cabeza. Se había sentado en uno de los sillones del salón, mientras ella iba de un lado a otro con nerviosismo.

–Yo no tengo nada que ver.

–¡No te creo! Sería demasiada coincidencia que nos traigas aquí por la mañana y que al cabo de un rato aparezca Ben Travis.

–Ben pasa mucho tiempo en casa de Stazy, por motivos que no vienen al caso –declaró él, mirándola con dureza–. Y por cierto, me disgusta que me llamen mentiroso.

–Eso es asunto tuyo.

–Si yo hubiera invitado a Ben para que viera a tu padre y se hiciera una idea sobre su estado, te lo habría dicho.

Nik habló con tanta seguridad que Jinx dudó un momento. Pero le parecía demasiada coincidencia que se hubiera ido por la mañana, con

la críptica excusa de que tenía algo que hacer, y que Ben Travis se presentara poco más tarde en la casa. Sobre todo, cuando estaba empeñado en que dejara a Jack en manos de un especialista.

–Travis ha hablado conmigo antes de marcharse. Me ha llevado a un aparte y me ha dicho que si necesito una opinión profesional, Stazy tiene su número de teléfono.

Nik suspiró.

–Y supongo que has rechazado su ofrecimiento, ¿verdad? Pero pienses lo que pienses sobre mí y sobre mi implicación, que no es tal, ¿por qué te niegas a que Travis hable con tu padre? –quiso saber.

–Porque yo… porque tú…

Nik, que empezaba a estar cansado de las manías de Jinx, dijo:

–Para tu información, te diré que Ben también ha hablado conmigo antes de marcharse.

–Menuda sorpresa…

–Cree lo que quieras creer, pero yo pensaba que querías ayudar a tu padre.

–¡Por supuesto que quiero!

–Salvo que yo tenga algo que ver en el asunto, claro…

–¡Tu implicación es irrelevante! –exclamó ella con deliberada frialdad–. Simplemente, no quiero que el estado de mi padre empeore aún más.

–¿Piensas que va a empeorar por hablar con Ben?

–No estoy segura. Pero tampoco estoy segura de lo contrario.

Nik se inclinó hacia delante.

–¿Por qué no le das una oportunidad, Jinx? ¿Prefieres que tu padre siga como está? Ben me ha dicho que, en su opinión, podría volver a ser el que fue… Cree que se encuentra en ese estado por el trauma que sufrió tras la muerte de tu hermano y de tu madre; pero también cree que ese estado es reversible.

–Mi padre no necesita un psicólogo –insistió, negándose a razonar–. Y tú no tenías derecho a intervenir… te dije que te mantuvieras al margen.

–¡Yo no he hecho nada! ¡Maldita sea!

Nik se levantó del sillón y su presencia física dominó inmediatamente la sala.

–¿Es que disfrutas estando enfadada conmigo? ¿Es eso? ¿Por eso te comportas así? Te enfadas conmigo, alimentas tu enfado y lo

mantienes para no tener que enfrentarte al hecho de que me deseas.

Jinx apartó la mirada.

Nik había acertado con sus suposiciones. Prefería estar enfadada a afrontar que se había enamorado de él.

–¿Es eso, Jinx? –repitió Nik.

Ella tragó saliva.

–Estás cambiando de tema…

–¡No, no estoy cambiando de tema! ¿Por qué te sientes en la necesidad de apartarme de ti? ¿Por qué?

–Yo no me siento en la necesidad de…

–Por supuesto que sí –la interrumpió Nik–. ¿Por qué, Jinx?

–¿Tú qué crees?

Nik sacudió la cabeza.

–Dímelo tú.

Jinx soltó un suspiro de desesperación.

–Tú y yo somos tan distintos…

–Sí, yo soy un hombre y tú eres una mujer. Pero esa es una combinación que, según tengo entendido, puede salir bastante bien.

–Ríete de mí si quieres, pero…

–No me estoy riendo. Esta situación no resulta nada divertida –declaró Nik con seriedad–. En el pasado, cuando he conocido a mujeres que me gustaban y a las que yo les gustaba, satisfacíamos nuestro deseo y seguíamos adelante. Pero contigo, todo es difícil; todo tiene que ser tan complicado…

Ella se mordió el labio inferior.

Estaba a punto de llorar, pero no quería llorar.

–Sí, supongo que podríamos satisfacer nuestro deseo y seguir adelante.

Nik le puso las manos en los hombros.

–Claro que podríamos.

Jinx lo miró a los ojos y entreabrió los labios en un gesto de invitación que Nik captó al instante. Se inclinó sobre ella y la besó de un modo tan afectuoso y apasionado que Jinx se sintió desvanecer.

Casi no podía respirar. Y desde luego, no podía pensar. Se apretó contra él y permitió que la besara en el cuello y que le mordisqueara el lóbulo de la oreja antes de continuar con su lenta y atenta exploración.

Ni siquiera supo si Nik le había desabrochado la blusa o si había sido ella misma. Solo supo que su sujetador había dejado de ser una

barrera para los labios y la lengua del hombre al que amaba, del hombre que le empezó a succionar los pezones.

Jinx sintió un intenso calor entre las piernas y le empezó a desabrochar la camisa. Pero estaba tan excitada que no tenía paciencia para tanto.

Agarró la tela y tiró de ella con fuerza, arrancándole los botones que seguían abrochados. Luego, le puso las manos en el pecho, le acarició los pezones durante unos segundos y empezó a descender hacia su cintura.

Nik soltó un gemido de placer y, súbitamente, cerró las manos alrededor de su cara.

–Espero que estés segura de que esto es lo que quieres –declaró con voz ronca–. Porque si sigues, no me podré detener.

Jinx se dijo que ella ya había sobrepasado ese punto. Lo había sobrepasado muchos días antes; quizás, el mismo día en que se conocieron.

–Lo estoy. Estoy segura.

Aquel era el hombre que estaba destinada a amar. El hombre que quería. Y lo quería con un furor del que ni siquiera se habría creído capaz.

Nik cerró los ojos brevemente y dijo:

–¿Qué te parece si subimos a uno de los dormitorios? Si vamos a hacer el amor por primera vez, me gustaría tener un poco de intimidad.

Jinx se estremeció. Iban a hacer el amor por primera vez. Y no sintió ningún miedo. Iba a hacer el amor con el hombre del que se había enamorado; se iba a entregar a él por completo, hasta quedar saciada.

–Puede que se esté acatarrando…

La voz de Stazy los sobresaltó. Se acercaba por el pasillo con Sam en brazos y en compañía de Rik.

–Tal vez deberíamos esperar un poco y seguir con esto más tarde, en mi habitación del hotel –propuso Nik.

Jinx se abrochó la blusa a toda prisa y le acarició la cara.

–Sí, tal vez.

–Aún tengo que hablar contigo.

Jinx se rio.

–¿Eso es lo que quieres hacer en el hotel? ¿Hablar? –dijo ella, sacudiendo la cabeza–. Sabes perfectamente que no me quieres allí

porque tengas que hablar conmigo… Pero olvídalo, Nik. Supongo que lo nuestro es imposible. Hasta el destino está en contra nuestra.

–No digas tonterías…

Jinx se preguntó si efectivamente era una tontería. Había estado a punto de hacer el amor con él, sin preocuparse por nada. Pero la suerte lo había impedido.

–El destino no existe, Jinx –siguió hablando Nik–. Somos nosotros los que creamos nuestro propio destino con nuestros actos.

–Si tú lo dices…

–Por favor, Jinx, ven a mi hotel. Ven esta noche.

Ella sintió la tentación de aceptar, pero no lo hizo.

–No puedo. Mi padre está aquí y yo debo estar con él.

Nik la soltó rápidamente, porque sabía que Stazy y Rik estaban a punto de llegar.

–Esto no ha terminado, Jinx. Te aseguro que no ha terminado.

Jinx se apartó de él y alzó la barbilla, orgullosa.

–Te equivocas otra vez, Nik. Esto habrá terminado cuando yo diga que ha terminado.

Nik la miró durante unos segundos y deseó besarla otra vez, pero Stazy, Sam y Rik aparecieron en ese momento.

–¿Qué pasa? –preguntó Nik cuando vio que el niño no dejaba de llorar.

–Nada importante. Creo que se ha acatarrado –contestó su hermana–. ¿Qué estabais haciendo aquí?

–Intentaba convencer a Jinx para que cene conmigo esta noche.

–Magnífica idea –declaró Stazy, dedicando una sonrisa a Jinx–. No te preocupes por tu padre. Nosotros cuidaremos de él.

–Por supuesto que sí –intervino Rik–. Pero ¿qué le ha pasado a tu camisa? Cualquiera diría que te has peleado con alguien… o con algo.

Nik intentó disimular, pero no sirvió de nada. La situación era demasiado evidente y, por si eso fuera poco, Rik vio los botones que habían caído al suelo cuando Jinx tiró de la camisa.

–Me he enganchado en el pomo de la puerta –mintió.

Rik sonrió con malicia.

–¿De verdad?

–Sí… Ah, mira, Sam ya ha dejado de llorar –dijo, cambiando de conversación–. ¿Seguro que es un catarro? Yo diría que llora porque le

molestas tú.

–Ya sabía yo que, más tarde o más temprano, te meterías conmigo –dijo Rik, perfectamente consciente de que Nik la tomaba con él para que olvidara lo de la camisa.

–Entonces, no te habré decepcionado…

Rik sonrió.

–No, tú no me decepcionas nunca.

Los dos hombres intercambiaron una sonrisa de afecto. Después, Nik decidió que Jinx ya había pasado bastante vergüenza delante de sus hermanos y se giró hacia ella.

–Si te parece bien, te llamaré a las siete y media.

Jinx frunció el ceño.

–No creo que lo del hotel sea una buena idea, Nik. La prensa nos estaba esperando la última vez –le recordó.

–Pero no cenaremos en el hotel donde estábamos entonces. Me he mudado a otro.

Jinx parpadeó, sorprendida.

–Una decisión algo repentina, ¿no?

–Repentina pero necesaria…

–Nunca entenderé por qué no te quedas aquí, en mi casa, como Rik –intervino Stazy.

–¿No lo entiendes? ¿En serio? –preguntó Rik con humor.

Stazy hizo caso omiso del comentario de Rik.

–No, en serio, ¿por qué no te quedas? –preguntó a su hermano mayor–. A fin de cuentas, Jinx y su padre están aquí y…

–Gracias por la oferta, Stazy; te prometo que la tendré en cuenta para el futuro –la interrumpió Nik–. ¿Me acompañas a la puerta, Jinx?

Jinx asintió. Prefería quedarse a solas con él antes que permanecer un segundo más bajo la atenta e irónica mirada de Rik y Stazy.

–Cómo no…

Segundos después, se alejaban por el pasillo.

–¿Crees que se han dado cuenta? –preguntó Jinx.

–¿Cómo no lo van a saber? Me has arrancado la camisa… Nadie se creería que me he enganchado en el pomo.

–Yo no te he arrancado…

–¿Ah, no?

–Bueno, sí, puede que sí –admitió, avergonzada–. Y por lo que veo,

tendré que comprarte otra… porque eso no tiene arreglo.

Nik le puso un dedo debajo de la barbilla y la miró a los ojos.

–Puedes romperme tantas camisas como quieras.

Jinx se ruborizó.

–No digas eso…

–¿Por qué no? Es verdad.

Ella apartó la mirada.

–Me temo que no soy tan experta en el amor como las mujeres con las que probablemente habrás estado…

Nik la observó con detenimiento y comprendió lo que ocurría.

–¿Tan experta, dices? ¿No será, más bien, que no tienes ninguna experiencia?

–Bueno, yo…

–Dímelo, Jinx –insistió él con suavidad.

Jinx siguió sin mirarlo a los ojos.

–Es que nunca tuve tiempo. Primero el instituto, luego la universidad, más tarde el trabajo… El caso es que, por un motivo o por otro, yo no…

–No tienes que disculparte.

–No me estoy disculpando –dijo, irritada–. Además, tampoco se puede decir que carezca de experiencia. Que no tenga tanto mundo como tus anteriores amantes no significa en modo alguno que…

–No sigas, Jinx, no es necesario que entres en detalles –declaró él, algo horrorizado ante la posibilidad.

Jinx sonrió.

–No, no, claro… tienes razón. No podemos entrar en detalles sobre nuestra vida sexual. Tardarías horas en hacerme un resumen de la tuya. Y si me lo haces durante la cena, no tendríamos ocasión de probar bocado.

Nik entrecerró los ojos, sin dejarse engañar por el tono aparentemente amable de Jinx. Sabía que estaba aprovechando el tema de conversación para marcar las distancias con él.

Y en esa ocasión, no se lo reprochaba. Efectivamente, había estado con muchas mujeres. Con tantas que comprendía la negativa de Jinx a creer que estuviera sinceramente interesado por ella.

Al fin y al cabo, él tampoco lo entendía. Pero, al menos, había aceptado su invitación a cenar.

Y pasara lo que pasara durante la cena, encontraría la forma de

impedir que Jinx escapara a su alcance.

Capítulo 14

JINX no supo qué había pasado para que, al final, aceptara la invitación. Primero la había rechazado y, al minuto después, se había visto empujada a aceptarla por la familia de Nik. Incluso Stazy se había tomado la molestia de prestarle un vestido para que estuviera más elegante.

Y cuando se miró en el espejo del dormitorio, no pudo negar que le quedaba muy bien. Era un vestido negro, de un diseñador famoso, cuya seda se le pegaba al cuerpo y terminaba justo por encima de sus rodillas.

Aquella mañana, mientras recogía sus cosas para marcharse con Jack, no se podía imaginar que terminaría el día en una velada a solas con Nik.

Pero allí estaba, a punto de marcharse con él, bajando las escaleras de la mansión de los Hunter y sometida a la mirada de admiración del hombre del que se había enamorado.

–Estás preciosa.

–El vestido es de Stazy…

Nik sonrió con ironía.

–¿Intentas determinar el tono de la velada?

–¿Cómo?

Él la tomó del brazo y la llevó hacia la puerta principal.

–Si digo que ese vestido te queda mejor a ti que a mi hermana, agraviaré a Stazy; y si no digo nada, te agraviaré a ti… Con una frase de apariencia inocente, te las has arreglado para que quede mal en

cualquier caso.

–Oh, lo siento. No me había dado cuenta…

Nik se rio.

–No te preocupes, no tiene importancia.

Ella frunció el ceño.

–¿Seguro que no?

–Claro que no. Será una noche magnífica. Estaré contigo y cenaremos en un restaurante italiano muy romántico… No voy a permitir que me estropees la velada.

–Estás olvidando una cosa, Nik.

–¿Cuál?

–Dijiste que teníamos que hablar.

–Tienes buena memoria. Sí, es cierto, dije que teníamos que hablar. Pero hablaremos después de la cena.

Jinx no quedó satisfecha con la explicación. Sabía que, al final de la cena, estaría tan embriagada por su encanto que no querría hablar, sino hacer el amor con él.

–Nik…

–¿Qué te parece si declaramos una tregua hasta después de cenar? No me gustaría que la comida se nos indigestara –bromeó él.

Cuando llegaron al restaurante y pidieron la cena, Jinx pensó que todo aquello era irreal, que debía de estar soñando. Nik estaba tan atractivo que la mitad de las mujeres se habían girado para mirarlo, pero solo tenía ojos para ella. Y se comportaba de un modo tan cariñoso que deseó abrazarlo y tumbarse con él en una cama, desnudos.

–Estás muy callada… –susurró Nik al cabo de unos minutos.

–No. Solo estaba pensando que tal vez deberíamos dejar la cena para otro momento.

Nik suspiró, frustrado.

–Por todos los diablos, Jinx, ¿no me vas a conceder una oportunidad?

Ella sonrió.

–Me has entendido mal. Quería decir que…

Jinx no terminó la frase. No se sentía con fuerzas para confesarle que quería ahorrarse la cena para hacer el amor con él.

Por suerte, el teléfono móvil de Nik empezó a sonar y le evitó una explicación embarazosa. Pero su alivio duró bastante poco.

Cuando Nik cortó la comunicación, la miró con una expresión tan

sombría que ella se preocupó al instante.

–Jinx…

–¿Qué ha pasado?

–Se trata de tu padre. No es grave, pero Stazy cree que deberíamos volver a casa enseguida –respondió.

Jinx no necesitó que se lo repitiera; se levantó de la mesa y salió del restaurante a toda prisa. Cuando ya habían subido al coche, preguntó:

–¿Stazy no te ha dicho nada más?

–Bueno, ha dicho algo sobre Sam y tu padre…

–¿Sobre Sam? ¿Qué tiene que ver Sam en esto?

–No lo sé –respondió Nik, maniobrando ya entre el tráfico de Londres–. Estaba muy nerviosa y no se explicaba con claridad. Solo he entendido que tu padre estaba llorando…

–¿Llorando?

Jinx se quedó perpleja. Hacía dieciocho meses que su padre no lloraba. Siempre tenía una sonrisa en los labios.

Nik asintió.

–Por lo visto, se ha puesto a gritar un nombre… Jamie. ¿Te suena de algo? ¿Tienes idea de quién puede ser?

Jinx asintió.

Lo sabía perfectamente.

Pero jamás habría sospechado que su padre volvería a acordarse de él.

Cuando aparcaron en el vado de la mansión, Nik estaba tan tenso que casi no podía refrenar sus emociones. A pesar de su insistencia, Jinx se había negado a decirle quién era Jamie.

Rik los recibió en el vestíbulo y explicó:

–Están arriba, en la habitación de los niños. Según parece, Sam se despertó y empezó a llorar. Jack oyó al niño, se acercó a investigar y… en fin, no te preocupes, Jinx, se encuentra perfectamente.

Rik le dio una palmadita en el brazo. Fue un gesto inocente, sin más intención que la de animarla, pero Nik le lanzó una mirada tan llena de ira que dijo:

–Tranquilízate, Nik. Este no es el momento más adecuado para que te dejes dominar por tu inseguridad.

Nik pensó que su hermano tenía razón, así que se olvidó de Rik y siguió a Jinx hasta la habitación de los niños. Jack estaba sentado en la

mecedora, con Sam en brazos. Stazy se había sentado en el suelo, delante de ellos.

–Se parece mucho a Jamie cuando tenía su edad, ¿no crees, Juliet? –dijo Jack–. Es tan pequeño y está tan indefenso…

Nik quiso entrar, pero Rik le detuvo en la puerta.

–Limítate a escuchar, hermano. Creo que estás a punto de descubrir algo –le dijo.

Jinx siguió adelante y respondió a su padre.

–No me había dado cuenta, papá, pero es cierto… se parece mucho a Jamie.

Jack cerró los ojos un momento.

–Tu madre y yo os queríamos mucho a los dos, Juliet –declaró entre lágrimas.

–Lo sé, papá.

–Nos casamos cuando ya éramos mayores y nunca pensamos que fundaríamos una familia. Pero primero llegaste tú y luego Jamie. Nuestros dos queridos hijos… Habríamos hecho cualquier cosa por vosotros.

Jinx se acercó y le tomó de la mano.

–Siempre supimos cuánto nos queríais…

Jackson respiró hondo antes de hablar otra vez.

–Recuerdo lo mal que lo pasamos cuando Jamie tuvo aquel accidente a los doce años y quedó relegado a una silla de ruedas. Pero fue mucho peor cuando enfermó de neumonía y falleció… tres días después, tu madre lo acompañó. Los médicos dijeron que había sufrido un infarto, pero sé que no murió por eso. Sencillamente, se le partió el corazón. Llevaba tantos años al cuidado de Jamie…

–¿Lo ves? –susurró Rik a su hermano mayor–. Te dije que descubrirías algo.

Nik asintió. Ahora lo entendía. Jamie era el difunto hermano de Jinx, el hijo de Jack. Y había terminado en una silla de ruedas a los doce años. Exactamente igual que el protagonista de *No Ordinary Boy*.

–En este caso, dos y dos son cinco –continuó Rik.

–No te entiendo…

Nik miró a su hermano y entonces, solo entonces, comprendió lo que Rik había sospechado desde el principio: que Jamie Nixon no era únicamente el protagonista de *No Ordinary Boy*. Jamie Nixon, el hermano de Jinx, era J. I. Watson.

El autor del libro.

Capítulo 15

JINX estaba sentada en una mecedora, en una de las elegantes salas de la mansión de los Hunter. Nik se encontraba con ella, pero permanecía de pie.

Por fin había llegado el día que había soñado durante dieciocho largos meses; el día en que su padre recuperaría la razón y saldría del estado en el que había quedado sumido tras la muerte de su esposa.

Jack se había quedado dormido. Ben Travis, el amigo de los Prince, se había presentado en la casa tras recibir una llamada de Nik y había estado un par de horas con Jack. Después, le dio un somnífero para que descansara un poco y se marchó, no sin antes prometer que volvería a la mañana siguiente.

Según Travis, Jack se iba a recuperar por completo.

–¿Jamie escribió más de dos libros?

Jinx miró a Nik con asombro. Se habían quedado a solas cuando Stazy y Rik se retiraron a dormir.

–¿Cómo sabes que… ? ¿Es que Rik… ?

–Descuida, Rik no me ha dicho nada. Tu secreto estaba a salvo con él.

Jinx se encogió de hombros.

–A decir verdad, yo no le confesé ningún secreto.

Lo adivinó él solo, esta mañana, cuando estuvimos hablando –le explicó–. Él también es escritor… supongo que, cuando leyó el libro, se dio cuenta de que no lo había escrito una mujer, sino un chico. Lo dedujo por algunos detalles del estilo.

Jinx se levantó de la mecedora porque estaba demasiado nerviosa para seguir sentada.

–Todavía no has contestado a mi pregunta…

–Jamie escribió cinco libros. Yo ni siquiera lo sabía hasta que…

–¿Hasta qué?

–Hasta que me los dejó en su testamento. Con la petición expresa de que los enviara a una editorial. Quería que sus historias llegaran a otras personas que se encontraran en la misma situación que él, condenados a una silla de ruedas… quería hacerles saber que la vida podía ser muy bella incluso así, en esas circunstancias.

Jinx se estremeció al recordar aquellos días. Entre la muerte de su hermano, el fallecimiento de su madre y la crisis posterior de Jack, tardó mucho en encontrar las fuerzas necesarias para enviar el libro de Jamie a James Stephens. Además, no podía imaginar que el libro sería un éxito de ventas y que la pondría en una situación muy complicada.

–Todo lo que gane con los libros irá a parar a organizaciones que cuidan de chicos como Jamie –añadió Jinx.

–¿Y por qué te lo callaste?

–¿A qué te refieres? ¿A que no soy J. I. Watson?

–Sí.

–No podía decirlo, Nik. Si se hubiera sabido que mi difunto hermano era el autor de ese libro, mi padre se habría visto sometido a una presión mediática intolerable en su estado.

Nik suspiró con frustración.

–Pero yo te podría haber ayudado… ¡Maldita sea, Jinx! Deberías habérmelo dicho.

Ella lo miró con tristeza.

–Tú solo querías los derechos cinematográficos.

–Reconozco que eso era verdad al principio, pero… ¿cuántas veces he mencionado ese asunto durante los últimos días?

–Ninguna –admitió ella–. Sin embargo, eso no significa que ya no te interesen.

–Jinx…

Nik se acercó a ella y la agarró suavemente por los brazos.

–Tú eres lo único que me interesa ahora –continuó–. Solo tú. Olvídate del libro. Olvídate de la película. Olvídate de todo lo demás. Solo me importas tú.

Jinx clavó la mirada en sus ojos, intentando encontrar algo, una

esperanza, un indicio de que él también se había enamorado.

Y antes de que lo pudiera encontrar, Nik declaró:

–Te amo, Jinx. Te amo y me quiero casar contigo.

Jinx se quedó completamente perpleja.

–Te amo –continuó él–. Y si crees que al principio me mostré implacable en mi empeño por conseguir los derechos de *No Ordinary Boy*, ahora vas a comprobar hasta qué punto puedo ser insistente…

Por conquistar tu corazón, sería capaz de hacer cualquier cosa. Seré tan pesado y te molestaré tanto que, al final, no tendrás más remedio que enamorarte de mí.

Ella parpadeó.

–Me resulta difícil de creer que puedas ser más pesado todavía…

–Pues créelo.

Los ojos de Jinx se llenaron de lágrimas.

–Bueno, no será necesario, Nik.

–¿Ah, no?

–No, porque resulta que yo también estoy enamorada.

–¿Que tú también estás… ?

Por una vez en su vida, Nik se quedó sin habla.

–¿Recuerdas lo que he dicho cuando estábamos en el restaurante? ¿Que nos podíamos saltar la cena? –siguió ella.

–Sí, claro.

–Pues bien, me refería a que prefería ir contigo a un lugar más íntimo, donde pudiéramos hacer el amor.

–¿En serio? ¿Eso es lo que ibas a decir?

Ella sonrió otra vez.

–Oh, sí, claro que sí… Te amo con toda mi alma, Nikolas Prince. Y nada me gustaría más que convertirme en tu esposa.

Segundos después, Nik bajó la cabeza y le dio un beso tan lleno de amor que Jinx se sintió la mujer más feliz del mundo.

Al fin y al cabo, Nik era su paraíso. El hombre al que había estado buscando durante toda su vida.

Su príncipe azul.

Nik pensó que la amaba con locura. Jinx era su media naranja, el amor de su vida, lo que siempre le había faltado.

Pero no se había dado cuenta hasta ese mismo día, cuando se sentó a analizar sus propios sentimientos y comprendió que el amor no se

podía analizar; que simplemente, existía. Y que quería pasar el resto de su vida en compañía de Juliet Nixon.

–Umm… –murmuró ella un buen rato después, cuando él dejó de besarla–. ¿Crees que a Stazy y a Rik les importará que pases la noche en mi dormitorio?

–Seguro que no les importaría, pero no quiero acostarme contigo hasta que nos hayamos casado –contestó él.

Jinx se rio con suavidad. Al final, Nik había resultado ser un romántico. Y un romántico a la antigua usanza.

–Ni tú mismo puedes creer lo que acabas de decir, ¿verdad?

–No, no me lo creo ni yo mismo –admitió Nik–. Pero lo digo en serio… aunque tal vez debería añadir que vamos a tener la boda más rápida de la historia.

–Excelente –dijo ella, encantada–, porque no creo que pueda esperar.

Nik todavía no había salido de su asombro. Estaba seguro de que Jinx le odiaría eternamente por la forma en la que se había comportado para conseguir los derechos de *No Ordinary Boy*, y se había resignado a la posibilidad de tener que cortejarla durante meses hasta lograr que confiara en él y, tal vez, que se enamorara de él.

Pero había descubierto que ya estaba enamorada.

Contra todo pronóstico.

–Ah, ¿no tenías algo que decirme? –preguntó ella.

–¿Quién, yo?

–Sí, esta noche, en el restaurante…

Nik la miró con una expresión tan sombría que Jinx se preocupó.

–Nik…

Él le acarició la mejilla y empezó a hablar.

–Escúchame un momento, Jinx. Me temo que no he sido siempre justo en mis relaciones con las mujeres…

Jinx lo volvió a interrumpir.

–¿No habíamos decidido que nos ahorraríamos los detalles con esas cosas?

Él asintió.

–Sí, pero en este caso es importante que me escuches. Una de esas mujeres es una persona a la que conoces.

–¿Quién?

–Jane Morrow.

–¿La editora jefe de James? –preguntó, asombrada–. ¿La misma Jane Morrow?

Él asintió y tragó saliva.

–En efecto. No fue nada serio… solo un par de cenas y un par de besos, pero reconozco que mis motivos no fueron precisamente dignos.

Jinx entrecerró los ojos. Ya había adivinado lo que le iba a decir.

–¿Jane Morrow fue quien habló a la prensa de mí? Ahora entiendo que los periodistas nos esperaran aquel día en el hotel… querían seguirte para que los llevaras hasta el autor de *No Ordinary Boy* –dedujo Jinx.

–Así es.

–Pero ¿por qué? Yo no le he hecho nada.

–Tú no; pero yo la utilicé para conseguir información sobre ti y supongo que decidió vengarse –declaró Nik.

–Ah, claro… Pensó que si yo te creía responsable de lo sucedido, si pensaba que los periodistas me habían descubierto por tu culpa, me negaría a cederte los derechos cinematográficos de la novela.

Nik volvió a asentir.

–Sí.

–Pero ¿cómo puedes estar tan seguro de que fue ella?

Nik suspiró.

–Esta mañana, localicé al periodista que había escrito el artículo en el periódico. Era una mujer que, al principio, se negó a darme el nombre de su informante… sin embargo, mientras hablaba sobre la suma que su periódico había pagado a la persona en cuestión, me reveló su nombre sin querer.

–¿Te lo reveló? Tenía entendido que los periodistas no revelaban nunca sus fuentes.

–No suelen hacerlo. Y esta tampoco lo hizo… pero mencionó que su fuente era un alto directivo de Stephens Publishing. A partir de ahí, cualquiera habría llegado a la conclusión de que el informante era Jane Morrow –explicó Nik–. Y como quería estar completamente seguro, le hice una oferta que no pudo rechazar.

–¿Qué oferta?

–Una entrevista con Zak –reveló, satisfecho–. Aunque Zak no sabe nada todavía…

Nik sonrió. La reportera era una mujer extraordinariamente atractiva, así que cabía la posibilidad de que Zak disfrutara del

encuentro.

–Pero eso carece de importancia –siguió diciendo Nik–. Yo quería hablar contigo porque Jane Morrow es la responsable de que te localizaran, pero el verdadero culpable soy yo. Si te hubiera dejado en paz, si no la hubiera utilizado a ella para conseguir…

Jinx sacudió la cabeza.

–Olvídalo, Nik.

–Pero salí con Jane para conseguir información sobre ti. Me porté como un canalla.

Jinx le dedicó una sonrisa encantadora.

–Está bien, admito que tu comportamiento no fue precisamente honrado; pero tu comportamiento no justifica el de Jane. No tenía ningún derecho a hablar con la prensa. Me traicionó a mí y traicionó a la editorial para la que trabaja.

–Para la que trabajaba –puntualizó Nik–. James Stephens se ha enterado de lo que ha hecho y la ha despedido.

Jinx se encogió de hombros.

–Casi me alegro… después de eso, no podría haber trabajado con ella.

Nik tragó saliva, nervioso.

–¿Todavía quieres casarte conmigo?

–Por supuesto que sí –afirmó Jinx, tajante–. Pero me aseguraré de que no se vuelva a cruzar ninguna Jane Morrow en nuestras vidas.

Nik la abrazó con fuerza.

–No necesitas asegurarte de nada. Te amo, Jinx Nixon. Y te amaré siempre.

–Vaya… me gusta cómo suena eso.

Jinx acercó los labios a su boca y Nik la besó. De un modo tan intenso que ninguno de los dos tuvo la menor duda de que su amor duraría para siempre.

Epílogo

CREES que se enfadarían si nos marchamos pronto? Jinx se giró y sonrió a su marido. Al hombre con quien llevaba seis horas casada. A Nik. A Nikolas Prince.

Su marido.

Se lo había repetido mil veces aquella mañana, mientras esperaba a que la terminaran de peinar y le pusieran un velo con capullos de rosa sobre la cabeza. «Mi marido». Era tan asombroso que no se lo podía creer.

Primero, habían informado a sus familias de su intención de casarse de inmediato. Después, llegó el momento de organizar la boda, de lo que se encargó Nik en un tiempo récord. Y por último, convocaron una rueda de prensa para que la opinión pública conociera la verdadera identidad del autor de *No Ordinary Boy*; una rueda de prensa que fue recibida con comprensión y cariño y que, de hecho, aumentó las expectativas sobre el segundo libro.

En cuanto al padre de Jinx, todavía no se había recuperado del todo. Pero gracias a Ben Travis, cada día se encontraba mejor.

–No, no creo –respondió Jinx mientras se apretaba contra él–. ¿No te parece que ha sido un día maravilloso?

Jinx miró a los invitados y, de repente, frunció el ceño.

–¿Qué le pasa a Zak?

Nik sonrió con malicia.

–Oh, no… No me digas que has elegido precisamente este día para que esa periodista le hiciera la entrevista que le prometiste…

Nik asintió.

–Me pareció que era el día más adecuado. Ni Zak se atrevería a darme un puñetazo el día de mi boda… Además, se le pasará el mal humor cuando sepa que has pedido que interprete el papel de padre en el rodaje de *No Ordinary Boy*.

Jinx soltó una carcajada.

–Bien pensado, marido mío. ¿Nos vamos ya?

–Por supuesto. Si no hacemos el amor enseguida, me volveré loco…

Ella le acarició la cara.

–Y no podemos permitir eso, ¿verdad?

–No hasta dentro de cuarenta o cincuenta años, por lo menos…

Jinx pensó que decir cuarenta o cincuenta años era lo mismo que decir para siempre.

Era toda una vida.

Con Nik.